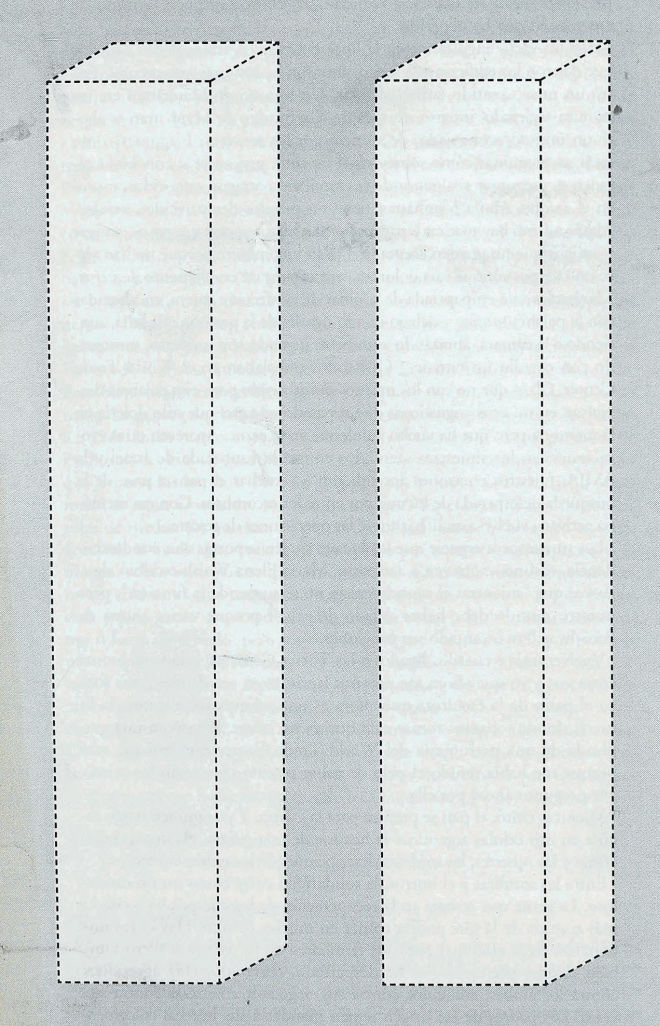
LAS/12

MUJERES EN PAGINA/12
VIERNES 28 DE SEPTIEMBRE DE 2001
AÑO 4 N° 181

Chicas importadas por De la Guarda
Las nuevas carteras pop
Carolina Herrera, la dama en su punto



NEW YORK DESPUÉS

e-mails de mujeres relantando cómo sigue la vida cotidiana

¿ESTAS BIEN? ¿ESTABAS AHÍ?

Desde el 11 de septiembre, cuando un atentado terrorista derrumbó las Torres Gemelas y la prensa anunció que comenzaba la primera guerra del siglo XXI, estas preguntas angustiosas comenzaron a saturar los e-mails enviados a Nueva York.
Un grupo de mujeres que se encontraban en la ciudad o a quienes se sospechaba cerca reenviaron a *Las/12* sus respuestas a modo de agradecimiento público. En medio del relato del horror insiste el del amor y la solidaridad.



21 de septiembre

Mamá:

Y yo que creía que Manhattan era invulnerable, inatacable desde la época de mis fantasías infantiles en que Superman la sobrevolaba para cuidarnos...

Hay una palabra necesaria aquí: *skyline*, la línea del cielo. Acaso porque el perfil de Manhattan, visto desde lejos, sugiere esa expresión. La línea del cielo era Manhattan como el Obelisco es Buenos Aires, y aparecía ante mí cuando Frank Sinatra cantaba con voz pastosa *New York, New York*. La línea del cielo de Manhattan tenía la música de *Rapsodia en azul* y parecía tan eterna como el cielo mismo. Hoy tiene el espíritu del derrumbe y quizás el cielo tampoco sea eterno.

En medio de la desolación, me asaltan los recuerdos de mis primeros días aquí, cuando me parecía pura magia estar mirando la *skyline* recortándose entre los árboles del Central Park. Ahora aquellas impresiones están teñidas de irrealidad, así como tampoco termino de creerme lo que ha ocurrido.

Hay un vacío angustiante en la línea del cielo. A través de los agujeros que dejaron los edificios que faltan, entraron las sombras más oscuras. Entró un nuevo sentido en las palabras. Un minuto de Manhattan era un minuto acelerado, intenso, chispeante. Un minuto de Manhattan es ahora un minuto acongojado, de silencio por los muertos. Preguntar cómo estás, es preguntar cómo sobrevivís al espanto; preguntar si conocías a alguien es preguntar si algunos de tus familiares, amigos, conocidos, murió en el ataque. Ahora Manhattan tiene sus propios desaparecidos, *missing*. Ahora mismo hay madres y padres, hijos e hijas, esposas y esposos, amigas y amigos que no pueden aceptar del todo una muerte porque no han visto un cuerpo, aunque una dolorosa certeza subyace en el intento de negar. Manhattan está empapelada de páginas de confección casera, encabezadas con la palabra *missing* y debajo una fotografía de la persona que falta, sonriendo a la cámara, abrazando a un bebé, jugando con un perro, mostrando con orgullo un tatuaje... Casi todos trabajaban en el World Trade Center. Claro que no son los mismos *desaparecidos* pero esas palabras despiertan en mí ecos angustiosos de un pasado que creí que sólo dolería en la memoria pero que ha vuelto a dolerme en la carne. Aparecen otras evocaciones: en los siniestros atentados contra la Embajada de Israel y la AMIA, nuestros corazones aprendieron a escuchar el paso a paso de la búsqueda desesperada de los cuerpos entre los escombros. Con esa memoria activada vuelvo a escuchar sobre las operaciones de rescate.

Los turistas, esa especie que los locales suelen soportar con condescendencia, casi no se atreven a acercarse. María Elena Walsh escribió alguna vez que "mientras el mundo exista no se suspende la función", pero nuestro mundo debe haber dejado de existir porque varios shows de Broadway han levantado sus funciones.

Vuelven mis recuerdos ligados a las Torres Gemelas, una vieja broma entre vos y yo que ahora me provoca lágrimas en vez de risas, una foto en el patio de la escultura que ahora es una reliquia inquietante, la librería donde solíamos tomar café que ya no existe. Pienso en una empleada de una perfumería del World Trade Center que casi me retó porque me había teñido el pelo de rubio platino olvidando las cejas... Me pregunto ahora por ella.

Mientras tanto, el país se prepara para la guerra. Y yo también tengo escrita en mis células argentinas la historia de una guerra, el conteo de las armas y las muertes, las sórdidas descripciones de los enfrentamientos.

Entre las sombras y el horror, la solidaridad corre como un río caudaloso. La gente que trabaja en la recuperación de los cuerpos ha recibido más comida de la que podría comer en mucho tiempo. Hay cifras millonarias en donaciones para los familiares de las víctimas. Pero también el odio prejuicioso se ha despertado, reavivado. Hay agresiones contra los árabes, atentados contra sus negocios, amenazas contra sus vidas. Los padres de ese origen temen mandar a sus hijos al colegio, y los hispanos, si se ven adecuadamente morochos y se visten de cierta manera, también están expuestos a los ataques.

Dos edificios hasta el cielo se han convertido en polvo y fuego. Miles de muertos, una tragedia de magnitud todavía inabarcable, inconcebible para todos los que creíamos estar a salvo en Nueva York, para mí que estuve a punto de tomar el tren a Manhattan temprano en la mañana del 11 de septiembre (recién ahora me atrevo a decírtelo).

De Moira Chas, matemática.

11 de septiembre

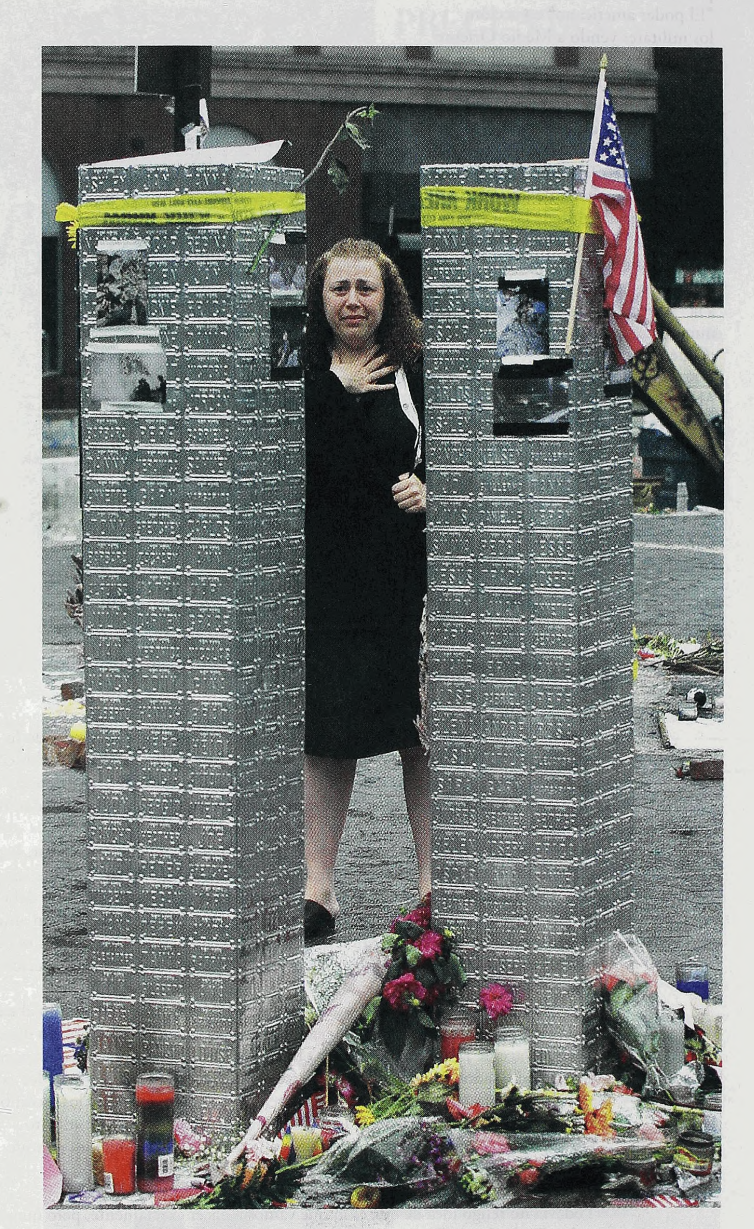
Sí, sí, querida, no te preocupes, recién abro el e-mail. Pero no te preocupes, la casa está bastante lejos, como a cien cuadras, de lo que eran las torres. Sí, todo muy, muy triste. Sí, sí, ojalá sea como decís. Eso, por favor, por la paz, tan frágil, no, tan frágiles, como brújulas eran, tan bellas, nuestra brújula urbana eran, tan bellas, no, tan esbeltas. Las vi caer en la pantalla. Pero antes, antes de caer, las viste. Viste la gente. El humo, parecía el Guernica. No sé por qué. No hay fuego en el Guernica. No había caras. Sólo figuras asiéndose de las cornisas. Y sin embargo el humo, la expresión del humo. El humo salía de las ventanas como la cara de la mujer en el Guernica. No saltaban, no, nadie saltó, era el impacto que los expulsaba. Nadie saltó. Los que pudieron llegaron a bajar las escaleras antes de que se derrumbaran. Toda esa gente, no, toda esa gente, a esa hora, ya habrían llegado, apenas, se estarían sirviendo el café. Era temprano. ¿Ya estaría todo el mundo? Estarían entrando. Y tanta gente en el subte. Pero los del subte salieron, ellos pudieron salir por debajo, por el subsuelo, hasta la calle. Estarían algunos de los empleados, pero no todo el mundo, era muy temprano; contra qué capital, las señoras de la limpieza y los chicos de Puebla que trabajan en las cocinas, pobrecitos, la mitad ilegales, las familias no deben saber ni que trabajaban allí. Marta dice que cuando venían ayer de New Jersey vieron entrar a la ciudad una hilera de camiones con enormes acoplados negros. Dicen que hay como 4000 desaparecidos, pero ella dice que debe haber más, que van a haber más. Pero yo no creo. Era muy temprano, ya van a ver. Todavía mucha gente no habría llegado. Estoy bien, devastada. Pero bien. Marta está en New Jersey y no puede volver. Toda la isla está cerrada. La gente sale caminando por los puentes. Han puesto lanchas que salen cada cinco minutos de Manhattan a New Jersey. Todo el personal de los hospitales está de guardia, han vaciado las salas por completo esperando que lleguen los heridos. Pero no llegan, no han llegado. Todavía no llegaron. Los están esperando. No se sabe por qué. Esperan en el muelle con las sillas de ruedas. Sí, querida, sí, gracias, me llegó. Estamos bien. Yo en casa. Sólo salí al mediodía. Todo estaba tan raro por aquí arriba, luminoso y siniestro, sobre todo por lo que no se veía: el día estaba ofensivamente hermoso, sólo una nube muy grande aparecía al fondo, sobre el sur de la ciudad, y ni siquiera demasiado oscura, la gente estaba en los restaurantes como si fuera un feriado, pero sin hablar y mirando repetirse una y otra vez la misma imagen en los televisores colgando de los techos. El tráfico está cortado y aun así, algunos llegábamos a una esquina y nos quedábamos ahí, sin saber hacia dónde ir, para dónde cruzar, si seguir o volverse, y como si nadie quisiera irrumpir en el espanto del otro ni siquiera nos hablábamos. Otros en el mercado, comprando provisiones como cuando anuncian tormenta; otros caminaban sin zapatos, y todos mirándonos con una expresión como si nos hubieran arrancado una mano. Gracias por escribirme.

Te quiere, Mercedes

20 de septiembre

Queridos, qué puedo decirles, después del grito de guerra, hoy la ciudad ha sufrido la irrupción del kitsch. Venta de banderitas y fotos panorámicas con las torres dominando el perfil de Manhattan; pisapapeles de plástico con tres patéticos edificios dentro como los Papá Noel a los que les cae nieve de tergopol encima, siempre la misma cajita abovedada, siempre de noche, siempre azul, siempre la nieve. Prendedores y escarapelas y camisetas impresas God Bless America. El otro lado de esta ciudad, de su pobreza: hispanos, chinos, hombres negros con mesas en la calle vendiendo cualquier cosa que pase por símbolo nacional, mujeres con nenas saltándoles encima extendiendo al paso cintitas tricolores y en la falda una bolsa llena de los dólares recaudados en el frenesí de una ira que peligrosamente empieza a desplazar a la tristeza inicial. Un beso, sí, terrible.

Mercedes



23 de septiembre

Querida L.:

Todo parece ir volviendo a su ritmo habitual. Hoy incluso fuimos a visitar a los R. que están en la ciudad desde hace días pero no habían podido volver al apartamento porque quedaba una cuadra debajo de Canal. Ya han reabierto, por primera vez, las calles que rodean lo que eran las torres, así que después de estar un rato con ellos nos acercamos a ver. La gente se amontonaba junto a las vallas azules y enfocaba con sus cámaras un lugar borroso, difícil de precisar, más bien, una leve pero constante lengua de humo. Un hombre en camiseta le pasa la filmadora a la esposa. "Not too bad" le dice. Pero es probable que se refiera a otra cosa. No son días para juzgar. Marta y yo subimos caminando las sesenta cuadras que van de la zona cero a Grand Central. Mirábamos cada edificio como si nos lo fueran a arrebatar. ¿Por qué será tan hermosa esta ciudad? Desde los troncos de los árboles, las mamparas transparentes de las paradas del bus, las vidrieras de los bancos y las casas de fotocopias, las fotos más risueñas de las víctimas es lo único que queda de una esperanza ya definitivamente sepultada. Cada barrio indaga por las suyas. Todas las razas, todas las profesiones, todas las clases, edades, géneros y formas de vida. El total ya sobrepasa los 6000. El chico con la guirnalda al cuello, la pareja en el yate, la muchacha negra con el vestido de novia, la señora india hablando por teléfono, el muchacho de barba con la nena en brazos, la chica italiana, la de pelo cortito, los tres compañeros de oficina. Rostros con los que nos hemos ido familiarizando en estos últimos días, vidas fijadas en un momento impensable, la intimidad vulnerada para siempre. Si lo ha visto bajar las escaleras, llame a...

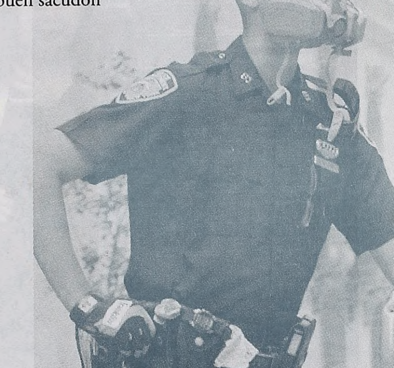
Seguimos caminando un poco más. De pronto recordé un sueño de anoche: Olvido me mostraba Buenos Aires. Estábamos en San Telmo pero yo no lo reconocía. Todo parecía nuevo, artificial, como recién pintado. "Pero esto no era así –le decía–. Está todo como... No sé cómo decirte. No parece real."

De Mercedes Roffé, poeta

20 de septiembre

¡Hola!
Realidad:
escuché anoche el discurso de Bush.
Parece que estamos en GUERRA.
Esto es muy muy preocupante.
¡Oh oh oh oh oh!
"El poder americano" en acción:
los militares yendo a Medio Oriente
para hacer y deshacer operaciones
en una GUERRA que va a signar los próximos años...
peligro, conmoción y terror para todo el mundo.
Las compañías están bajando los costos de sus acciones
porque los inversores tienen miedo de perder dinero.
Tengo una teoría:
dado que la mayoría de los inversores
se están deshaciendo de las acciones de las compañías más grandes,
¿no podría pasar que los terroristas ahora decidieran
estratégicamente comprar estas acciones para obtener
beneficios económicos que le dieran un buen sacudón
a la "sociedad capitalista de occidente"?
mmmm...
¿Quién sabe?
OK, querida.
Ahora hay niebla
y un aire frío y crujiente:
la llegada del otoño.
Un beso. Hasta luego.

de Pat Jordan,
una agente de bolsa y artista
plástica en San Francisco



22 de septiembre

Querida B.

¿Cómo estás? ¿Cómo está Argentina?

Como te imaginarás, no pienso en otra cosa más que en los ataques y todo lo que implican. Toda Nueva York está en estado de duelo. Apenas puedo describir cómo es vivir ahora acá. Tememos que haya otro ataque, tememos las consecuencias de una guerra y estamos preocupados porque las decisiones del gobierno puedan herir y perjudicar a inocentes en el Medio Oriente y el mundo en general.

Nos hemos convertido en habitantes de una ciudad sacudida por el terror, la pena... y también el amor. Lo más sorprendente es eso: el amor. Nunca antes supe de una ciudad norteamericana tan plena de amor. Me imagino que en los 60 debe haber sido distinto, porque eran otros los sueños y gran parte de ellos estaban animados por la psicodelia. Aquí y ahora, lo que tenemos en medio de esta crisis es puro amor los unos por los otros, y no creo que el resto de nuestro país esté reaccionando así. Es increíble. Y eso es bueno.

Anoche caminamos por Union Square (¿te acordás? el parquecito cercano al teatro donde escuchamos a Bebel, lleno de paradas de subte) y ahora está poblado de velas y flores y fotos de las víctimas. Toda la ciudad está así, con cientos de velas encendidas, por todos lados hay fotos con velitas y flores debajo. Los familiares de los caídos no pierden la esperanza de que los encuentren y los rescaten de entre los escombros. Las bocas de incendio están decoradas con flores y tarjetas de agradecimiento.

Por supuesto, como en todo el resto del país, la gente agita banderas, aunque aquí, sin duda, tengamos una "América diferente".

Mañana a la noche vamos a ir a ayudar a las familias de las víctimas.

Todavía no tengo idea de qué es lo que vamos a hacer exactamente, pero queremos ayudar. De hecho, todos aquí queremos ayudar. La semana pasada hicimos 8 horas de cola para donar sangre. Mañana ayudaremos de alguna otra manera. Hay policías por todas partes pero ya no tenemos ese sentimiento "anti-policía". Ahora, creo, los vemos de otro modo. No ha habido amenazas de bomba en los últimos 4 días. Y salvo por algunos raptos de pena o terror, la vida está volviendo a la normalidad. Pero ¿qué es la normalidad a partir de ahora? Ya no somos los mismos. Los b-52s y los jets ya no andan rondando, y los vuelos comerciales volvieron a sobrevolar los cielos. Un buque de combate todavía espera en el puerto. Las colas de doctores esperando para atender en los hospitales ya no se ven: no esperan más sobrevivientes.

La semana pasada hicimos una vigilia en el barrio. Yo agradecí que estemos con vida y el haber recibido tantos mensajes de preocupación y amor de nuestros amigos de todo el mundo. Vos escribiste enseguida, y nos seguimos escribiendo. Michelle, que estaba en Francia, contó que la gente lloraba con ella, etc. Dije esto y los vecinos se conmovieron al ver que hay gente en otros países que sabe que no todos somos "el maldito imperio". Espero que no mueran civiles.

Me alegra saber que todo anda bien por ahí. Vos sabés.

Kyla (la perra) no entiende nada de terrorismo ni guerras. Me imagino que sólo se preguntará por qué los paseos han quedado tan espantosamente demorados por informativos y noticieros.

Amor y besos.

de una Guerrilla Girl



18 de septiembre

Querida mía:

Te escribo para decirte que pude volver, el lunes, y que estoy, dentro de todo, bien. Pero me pedís que te cuente, así que voy por partes.

Había llegado allá el 7, con diez días por delante en los cuales planeaba mezclar descanso y relax con algunas reuniones de trabajo y el encuentro con una amiga brasileña a quien no veía desde hace años; el 12, la Turca, una querida amiga argentina que se encontraba visitando a su hermana en Massachusetts se me reuniría, y pasaría conmigo mi cumpleaños, el 15. Hice el trayecto de JFK hasta Manhattan en un micro que me dejó frente al Madison Square Garden, y desde ahí caminé hasta mi hotelito, en Chelsea. Había sol, y el movimiento de la ciudad me alucinó. Miles de personas yendo al trabajo, llevando en la mano sus capuchinos o sus bolsas de papel con la comida para el almuerzo. Los primeros cuatro días fueron relajados, vibrantes y felices. Caminé mucho, entrando y saliendo de negocitos y librerías y cafés, disfrutando el ver esa ciudad en la cual personas de literalmente todas partes del mundo trabajan y conviven (¿o quizá debo usar los verbos en tiempo pasado?) en una mezcla de culturas sorprendente.

El martes 11 me desperté temprano, y bastante ansiosa. Me dije a mí misma que qué tonta, que estaba todo bien. Me di una ducha y decidí desayunar cerca del hotel, y leer el diario; y una vez que me calmara, vería qué hacía. A las 8.50, cuando salí del diner, la calle estaba rara. Caminé un par de cuadras, hasta la 6ª y 22. Al llegar a esa esquina, había gente amontonada mirando en la misma dirección, y vi una de las torres humeando. ¿Un incendio? La gente parecía sorprendida pero no preocupada, y me quedé ahí, mirando. Pero a los 5 alguien sube el volumen de la radio de su auto, y escucho a un periodista decir que además del incendio en la torre, debía reportar un incendio en el Pentágono. En ese punto, supe que algo estaba mal: la situación se parecía demasiado a un sórdido episodio de Superman. Me di media vuelta, queriendo volver al hotel. Para cuando llegué, el segundo avión ya se había estrellado, todo era un descontrol, y mi socia me estaba llamando de Buenos Aires para saber si estaba viva.

Pasé angustia en mi habitación, viendo la tele, escuchando sirenas de ambulancias y camiones de bomberos, y tratando de fingir calma al hablar con los míos que estaban en Buenos Aires. Para la tarde el desastre era completo, pero la gente parecía haber reaccionado con lucidez, y se organizaba para socorrer heridos y procurar darse ánimo unos a otros. Las calles desiertas, el hotel en silencio, la ciudad cerrada: mi primera vez en estado de sitio. De todos modos, evalué que, dentro del horror y del disparate de estar ahí, mi situación era privilegiada, y estoicamente sólo me permití llorar encerrada en el baño: la buena educación ante todo. Cené gaseosa y papas fritas de una máquina expendedora... y sólo dormí unas horas a fuerza de cansancio, con la tele prendida y las zapatillas puestas, como si en caso de necesidad eso realmente hubiera podido hacer una diferencia.

El resto ha pasado a la vez muy lento y muy rápido: a la mañana siguiente, al ver que algunos trenes empezaban a funcionar, me fui a Penn Station y compré un pasaje a Springfield, Massachusetts (luego Cecilia me ha dicho que ése es el lugar donde viven Los Simpsons, y volví a sentirme un tragicómico personaje de comic). Llamé a la Turca desde un teléfono público en el tren (si eso no es un avance de la civilización, los avances dónde están), me fue a esperar, y pasé el resto de los días en un pueblito llamado Northampton, discutiendo con mi agente de viajes vía Internet el asunto de mi vuelta, y con la hermana de mi amiga el estado del mundo. La mañana de mi cumpleaños, cuando llamé a mi mamá para decirle que tenía confirmado el vuelo de regreso, me dijo "te estamos esperando", y lloró. En el avión, amén de muchos argentinos asustados, había varios judíos ortodoxos, con sus ropas tradicionales y reclamos por su comida kosher, que en el desorden imperante no había sido embarcada: uno de ellos se pasó la noche despierto y rezando a su dios entre murmullos, y terminó por supuesto de arruinarme los nervios. Siempre me ha costado respetar a los dioses cuando las cosas están tan evidentemente mal entre los humanos.

Luego mi socia me ha empezado a explicar que existe la posibilidad de ataques nucleares y lo importante de estar alejados del agua en ese caso. Así que debo resolver aún el problema del traslado. Te abrazo con estupor, deseándote más que nunca una primavera sin guerra.

de Florencia Enghel, productora

AFP



POR LA PAZ

POR ALICIA CASTRO *

La violencia irracional como modo de conseguir objetivos políticos merece nuestra condena unánime y no nos puede hacer caer en la demagogia de aceptar la satisfacción de venganza que sólo podría acarrear más muerte y más violencia. La voladura de las torres que simbolizaban el poder económico de los Estados Unidos ha desmoronado todas las certezas y la posibilidad de que los ciudadanos del mundo podamos llevar adelante una vida razonablemente previsible y segura. Los medios utilizados –aviones de transporte público de pasajeros– cambiarán dramáticamente nuestro modo de vivir y de transportarnos en un mundo global. Los blancos y los tiempos elegidos, casi una metáfora de los efectos especiales de Hollywood, garantizaron la espectacularidad de su reproducción mediática: todos fuimos espectadores unánimes. Desde entonces, la vulnerabilidad es un estado de ánimo global.

El horror y la perplejidad deben forzarnos a reflexionar sobre la imperiosa necesidad de trabajar a favor de un orden social más justo. Vivimos en una sociedad polarizada entre ricos y pobres, donde hay millones de personas excluidas del mínimo bienestar que garantice su condición de ciudadanos. Se ha hegemonizado el modelo americano de neocapitalismo y de libertades individuales cuya máxima expresión es el consumo, un modelo que no atiende sus costos en términos de segregación, de producción de basura y polución, de injusticia y daño social. Ni los triunfadores del sistema pueden sentirse orgullosos de vivir en una geografía cambiante de masas migratorias que intentan huir de la pobreza, buscando encontrar al menos un poco de comida y agua potable.

El hambre y la miseria también matan sin piedad, además con la tortura de lentas agonías, en nombre de fundamentalismos del dinero y del poder que tampoco son excusables.

El gobierno de los Estados Unidos se prepara para devolver el golpe: esto podría ser el inicio de una guerra o de ataques focalizados a los países árabes que persigan reales o virtuales enemigos de los Estados Unidos, desde los ex aliados talibanes hasta Irak y Saddam Hussein. En cualquier caso, bastaría para propagar el terror y la matanza de miles de ciudadanos inocentes, tan inocentes como los que murieron el 11 de septiembre.

El Congreso de los Estados Unidos ha aprobado un dispendio millonario para la contraofensiva militar. Si esa inversión pudiera destinarse a combatir la pobreza y a educar para la igualdad y la democracia, estaríamos más cerca de garantizar la paz en el futuro.

El Gobierno argentino parece decidido a asumir un rol protagónico que podría derivar en una acción militar junto con los Estados Unidos. Frente al terrorismo no se puede responder con terrorismo de Estado. Frente a la violencia irracional debemos contestar con equilibrio y legalidad.

Por razones de la inteligencia y del corazón, por nuestros deseos de futuro y por las ilusiones de felicidad y progreso para todos, rechazamos la idea de combatir a la violencia irracional ahogándola en sangre, usando el mayor poder militar del planeta al servicio de la compulsión revanchista. Por esa vía, estamos seguros, sólo aumentarán las víctimas inocentes, la geografía del hambre y las ganancias de los mercaderes de la muerte. Hemos hecho un llamamiento a los parlamentarios del Mercosur por la paz, la seguridad y la justicia. Como parlamentarios queremos un mundo gobernado por la ley y el derecho, no por la fuerza bruta al servicio de la venganza. Motivo suficiente para estar juntos, integrados en el propósito común, al lado del pueblo de los Estados Unidos para colaborar en la consagración de la verdad y la justicia, e imponer el castigo merecido al crimen monstruoso sin apelar al terrorismo de Estado ni a la guerra ciega, para afianzar la seguridad, la libertad y la paz en todos los hogares de buena voluntad del mundo, sin excepciones étnicas, religiosas, ideológicas, raciales o de cualquier otra índole.

Todos contra la muerte, por la vida.

** Diputada nacional. Frente para el Cambio - Polo Social.*

RAMOS GENERALES

PREGUNTAS SOBRE ANTICONCEPCION

El Celsam (Centro Latinoamericano Salud y Mujer), la asociación civil internacional dedicada a la salud de la mujer, ha realizado un pequeño balance del primer año de funcionamiento de su línea telefónica de consulta gratuita en nuestro país. De los llamados recibidos entre mayo del año pasado y abril de éste (94,4 por ciento de mujeres, casi en su totalidad en edad fértil, y la mitad de ellas de entre 15 y 25 años), la mayoría fueron realizados por amas de casa (35 por ciento), seguidas por las estudiantes (21 por ciento), empleadas (20,5 por ciento), docentes (4,2), y profesionales (3,2 por ciento). Además de solicitar información sobre la entidad, las preguntas más usuales están dirigidas a distintos métodos anticonceptivos. El oral es el que genera más inquietudes: la forma correcta de tomar la píldora, la seguridad del método, posibles efectos secundarios y cómo solucionar los olvidos en las tomas. Entre quienes utilizan DIU, un 40 por ciento de quienes llaman solicitan información sobre lugares de acceso gratuito al método.

Otras consultas se refieren a atrasos en el ciclo menstrual y embarazos no deseados, chequeos de rutina y lugares en donde llevarlos a cabo de manera gratuita.

La mayoría de los llamados son de la provincia de Buenos Aires (el 79 por ciento), con algunos otros de Santa Fe (4,05) y Entre Ríos (2,7 por ciento), pero es bueno recordar que el servicio de consulta sobre salud reproductiva, además de ser anónimo, está dirigido a todo el país y se ofrece mediante una línea gratuita. Sólo es cuestión de llamar al 0-800888-CELSAM (235726).

LIBRERIA

La dueña de los vampiros



La señora Anne Rice nació siendo Howard O'Brien, pero antes de llegar a la adolescencia ella misma descubrió el equívoco y se cambió el nombre. Cien millones de ejemplares vendidos en todo el mundo le dan ahora entidad de señora best seller sea cual fuere su nombre, seudónimo o apodo. El gran público no lector supo de ella cuando Hollywood llevó a la pantalla su novela *Entrevista con el vampiro*, aunque la propia Rice ya había aguado la fiesta de los productores cinematográficos: sacó solicitadas criticando la elección de Tom Cruise como Lestat, el vampiro pervertidor del protagonista, Louis Ponte du Lac, un Brad Pitt poco convincente. Se le debió a Rice el apogeo vampirista de los '80, pero también el antecedente, en los '90, de las brujas divertidas que proliferaron en series de tevé y dibujitos: Rice salió al ruedo con las Brujas Mayfair, con domicilio en su propia casa de Nueva Orleans, y poseedoras de secretos de familia, legados, maldiciones, objetos fetiche, una fortuna familiar valuada en 6 mil millones de dólares y un ideario verticalista a rajatablas. Su libro *La hora de las brujas* fue el libro más largo en llegar a la lista de best sellers: 1162 páginas, a las que sólo una narradora nata y gozadora del OK del público puede acceder sin miedo a ser latosa. Recién ahora el cine y la televisión se vuelven a mostrar inclinados a Rice, preparando miniseries y películas basadas en sus novelas. Para empezar, el miércoles a las 10, por A & E Mundo, se dará su biografía, que incluye anécdotas y episodios dramáticos que Rice ha intentado exorcizar a través de sus novelas.

TEATRO



EL MOTOR DEL III FESTIVAL

POR MOIRA SOTO

Si hace doce años una amiga puestista no le hubiese pedido una mano para un espectáculo, si poco después su marido no hubiera soñado con un sitio como Babilonia, acaso hoy Gracie-la Casabé –arquitecta en ejercicio para esas fechas– no estaría dirigiendo el Festival Internacional de Buenos Aires, que con tanto suceso de público se viene desarrollando desde el 12 de septiembre pasado. Desde el noveno piso del Teatro San Martín, la directora de esta muestra se relame de gusto al hacer el balance de una gestión en la que se trasluce que puso mucha calentura. Las cifras de espectadores del III Festival –que además se despliega en otros niveles– rozan los 100/120 mil, sin incluir el cierre multitudinario previsto para pasado mañana, a las 22, en la ribera de La Boca.

–De modo que la religión del teatro se te reveló por azar.

–Así empecé con esta maravilla que me sedujo para siempre, ayudando a una amiga desde atrás de la escena. Y una noche, mi marido se despierta y me cuenta un sueño: ese sueño era Babilonia. Le comenté: qué buena idea, y ahí nomás empezó a gestarse ese espacio que nos parecía necesario. Ahora, aunque cerramos, hemos dejado hijitos en el Abasto, lugares afines que en ese entonces no había. Por cierto, Babilonia existió gracias al respaldo de artistas que se prendieron de entrada, como Eduardo Pavlovsky, Laura Yusem, El Periférico de Objetos, Alejandro Tantanian... Y fue increíble el apoyo de la prensa, porque veníamos de otro palo.

–¿Cómo fue la génesis del Festival de Buenos Aires?

–Paralelamente, en el '96 empezamos a trabajar para el Gobierno de la Ciudad. Arrancamos con Buenos Aires No Duerme al tiempo que planteábamos la posibilidad de hacer una muestra internacional que Buenos Aires no había tenido nunca. A mí me parecía que en una ciudad como ésta, donde la cultura tiene un rol tan importante, donde la familia artística es enorme y hay tanta demanda del público, valía absolutamente la pena generar un festival de este tipo. Lo concretamos en el '97, con todas las dificultades del caso. Yo estuve como productora general. Porque resulta que, en una etapa anterior, representamos a compañías locales en el exterior y viajábamos mucho a festivales con los artistas. Por lo cual teníamos muchos eventos internacionales caminados, cosa que nos vino muy bien. Ya en el primer festival, en la línea estética de buscar lo contemporáneo, hubo veintitantas compañías extranjeras, cuarenta y tantas nacionales.

–En relación con los anteriores, ¿el III Festival es más acotado?

–Tenemos 214 funciones diferentes: en realidad, es el más grande de los tres, aunque haya un poquito menos de compañías extranjeras. Con la colaboración de las direcciones generales de Cultura nos abrimos a centros culturales barriales, bibliotecas, museos, lo que obviamente permite que más público pueda acceder. De hecho, al cierre, el domingo al aire libre con el *Requiem para el Riachuelo*, podrán asistir miles.

–De productora general pasaste a directora en la segunda muestra, y ahí te mantenés.

–Sí, trabajando siempre con un comité de selección apropiado. En la programación nacional hicimos algunos cambios, a fin de que productores y directores de festivales extranjeros viesen nuestra producción y así impulsar su salida al exterior. Creamos también el premio Germán Rozenmacher para estimular a jóvenes autores: se presentaron alrededor de setenta, con buen nivel de calidad.

–¿En esta oportunidad ya venía todo más aceitado?

–Claro, porque los ajustes tenían que ver con acomodarle las frutillitas a la torta, pero la torta ya estaba. Aunque siempre con el desafío de llegar un punto más lejos, producir más adrenalina...

–¿Cuál es ese punto esta vez?

–Esto de abrir el festival en toda la ciudad, convertirlo en un acontecimiento popular.


"HAMLET", DE LA COMPAÑIA LITUANA MENO FORTAS.


"TENTATIONS D'ATYPISMES", DE LOS FRANCESES ILOTOPIE.


DE ALEMANIA, "ZWEILAND", DIRIGIDA POR SASHA WALTZ.

Graciela Casabé es arquitecta, pero no construye casas sino festivales de teatro. Después de haber generado junto a su marido ese micromundo de identidad propia llamado Babilonia, pasó a organizar Buenos Aires No Duerme y ahora esta tercera edición del Festival Internacional.

Otra novedad es presentar espectáculos al aire libre: por eso trajimos una compañía francesa, Ilotopie, con *Les menus plaisirs*, que actuó en los patios del Recoleta, en funciones gratuitas, y también provocó incidentes teatrales en la calle. Y Jorge Pastorino me trajo la propuesta del *Requiem*, que fue tomando mucha envergadura. Habrá proyección de luces, imágenes en pantallas de agua, en el Riachuelo, textos de Juan Gelman, música de Edgardo Rudnitzky. Una partitura para 60 intérpretes que van a tocar el puente con varas de metal, 10 bandoneonistas, las sirenas de los barcos... Y la fiesta de cierre seguirá en el Verdi, un viejo teatro del barrio.

–Un aspecto digno de mención, aunque el público en general no lo advierta, es el de las clases y talleres para estudiantes y gente de teatro local, dictados por maestros visitantes. La crítica que circula al respecto es que, debido a los costos, muchos interesados debieron abstenerse.

–Hubo un primer seminario de clases magistrales con grandes figuras que vinieron especialmente. Para ser justos, hay que decir que en esa queja no se está hablando de una entrada o de un curso caros sino de la imposibilidad de pagarlos, que no es lo mismo. Una clase-taller de un coreógrafo extranjero costaba 30 pesos, dos o tres horas: no más de lo que se suele pagar aquí. En cuanto a las master classes, de hora y media, salían 20 pesos. No son caras en sí mismas: es el momento difícil lo que las vuelve inalcanzables para mucha gente. Pero hay que entender que, en determinada proporción, se necesita el aporte de la gente para poder hacer este festival. Nos manejamos con un presupuesto modesto, los invitados de afuera no pueden creer las cifras que manejamos. Es cierto que tenemos la ventaja de contar con los teatros oficiales y sus excelentes técnicos. Y que los artistas extranjeros, cuando vienen a Buenos Aires, cobran un cachet menor, porque les interesa acercarse. Tanto que *Iets op Bach* remontó su espectáculo para presentarlo aquí. Otro gran apoyo proviene de los servicios culturales de las cancillerías de los diversos países. Sin duda, hay que replantear el tema entradas: quizás bajar las internacionales y subir las nacionales.

–¿Hay otras directoras de festivales de este tipo en el mundo?

–Sí, hay muchas mujeres. Y varias de ellas vinieron a este festival en el cual, además, la mayoría de los que trabajamos somos mujeres. En un equipo de 116 personas, sumamos unas noventa, lo que llama la atención de los visitantes, comentario que viene acompañado de elogios a la eficiencia. Te aclaro que esto se fue dando naturalmente, a partir de la elección de personas idóneas (hay muchos idóneos también, aclaro).

–Vos, de algún modo, quebraste el famoso techo de cristal que no deja acceder a puestos de alta decisión a las mujeres en política o negocios.

–Lo que decís estadísticamente es cierto, pero yo, personalmente, viví siempre con la convicción de que peleándola, creyendo en lo que hacés, poniendo pasión, casi siempre se puede llegar, alcanzar objetivos.

–¿Esa actitud es producto de la educación que recibiste?

–No precisamente. Provengo de una familia árabe, donde la mujer era alguien de segunda, que merecía menos atención que un varón. Quizás fue un espontáneo sentimiento de justicia lo que me rebeló: ¿por qué no yo? Nunca me lo había planteado, lo estoy haciendo ahora que me lo preguntás. Quizás me moví en espacios en que era más fácil avanzar: en política sigue siendo difícil.

–En tus experiencias nacionales e internacionales, ¿has advertido alguna diferencia en la conducta de las mujeres en sitios de decisión?

–No estoy para nada con las generalidades, aunque creo que hay cosas culturales. Si tuviese que buscar un factor común, te diría que las mujeres tienen más garra, más audacia, quizás porque tienen que pelearla un plus. Pero cuando se mandan, lo hacen a fondo.

–¿Aplican las llamadas armas de mujer?

–(Risas) Esas son armas que bien usadas resultan muy productivas: si salís a buscar un sponsor y sos mujer, ojalá que el empresario sea un hombre... (más risas).

–¿Aparecen en estas funciones las tendencias maternales?

–También, también... A mí me llaman algo así como la mamá del grupo porque tengo esa cosa gallinácea de cuidarlos, de mandar a dormir a los que veo cansados.

–¿Ariane Mnouchkine vendrá alguna vez al festival?

–Lo intentamos todos los años. A dar una clase seguro va a venir, traer un espectáculo de ella es todavía muy costoso. Por suerte, su más estrecha colaboradora, Liliana Andreoni, es argentina. Su última puesta, *Tambores sobre el dique*, es la cosa más extraordinaria que vi en mucho tiempo. Pero imaginate: habría que traer 170 personas...

–Por lo menos, tuvimos a Sasha Waltz, una joven genia.

–Sí, la tuvimos a ella que es encantadora, talentosísima, claro exponente del crecimiento personal gracias a la creatividad y el trabajo. Cuando fue elegida en 1999 para dirigir la Schaubühne, junto a Thomas Ostermeier, muchos decían: "¿Ella, tan joven y mujer?". Hoy ese teatro funciona estupendamente con sus producciones y otras invitadas. Me interesaba mucho que el público y la gente de teatro descubriese a talentos como Sasha Waltz.

–Casi no hace falta preguntarte si estás satisfecha con el III Festival...

–Supersatisfecha, muy feliz. Para mí es un regalo del cielo que disfruto cada día, desde que empiezo a prepararlo. Y me agarra un bajón cuando termina que no te cuento. Del festival te quedan recuerdos hermosos y, volviendo a la arquitectura, la hoja en blanco para el próximo con la consiguiente angustia. ¿Para dónde voy? Dormir en la tranquilidad de lo que funciona bien no alcanza, hay que abrirse a nuevos caminos.

POR SANDRA CHAHER

Yo necesito hacer esta función. ¿Quieres saber por qué?... ¿Tú viste la función?" Clare pregunta con estupor, como si tener que dar una explicación fuera una gigante obviedad, y ríe antes de responder: "Porque necesito mover mi cuerpo, pero no con técnica sino con libertad, errática, eso es natural para mí". Quizá sus palabras concordaran mejor con sus sensaciones si hablara bien castellano, pero Clare es inglesa y habla un poco de español y otro poco de inglés. Pero también es probable que en su país le diera una respuesta similar a quien le hiciera la misma pregunta. Como en todo espectáculo que apela a las emociones y los sentidos, definir qué es *Villa Villa* (*Villa Villa con todo* en esta nueva versión en Buenos Aires, o *Villa Villa al palo,* como prefirieron definirlo los integrantes de De la Guarda la noche del regreso) no es fácil para nadie. Muchos renuncian al intento, otros se niegan a dar explicaciones en las que terminan entreverados, y los críticos luchan para transmitirle al posible público qué es lo que vieron sin poder respaldarse en el relato argumental. *Villa Villa* volvió a Buenos Aires seis años después de su estreno en 1995, habiéndose curtido en escenarios de Europa y Estados Unidos, y con un elenco casi completamente renovado. Queda apenas un integrante de la vieja guardia entre los ¿actores? (otro problema semántico: ¿cómo definir a estos protagonistas que saltan, gritan, empujan y vuelan en arneses, y sobre todo, que parecen estar montados en un carrousel que aumenta de velocidad pero no se detiene?), el resto de las catorce personas en escena son artistas extranjeros invitados –que estaban haciendo el show en otras partes del mundo– y argentinos recientemente seleccionados en un casting que fue casi tan popular como el de los reality shows televisivos. Volviendo a las definiciones, los miembros de De la Guarda –Pichón Baldinú, Diqui James, Gaby Kerpel, y compañía– eligieron ésta, entre otras: "La obra está inspirada en el sentimiento festivo. Poder transitar todos los estados sin ningún control. Sin otro objetivo que el de vivirlos. Es lo que transmiten las fiestas populares. Donde las personas se entregan a vivir un momento irrepetible. No relatamos ninguna historia, el lenguaje no es intelectual, va directo al cuerpo, a los sentidos, al alma".

Si para todos las definiciones son complejas, para los artistas metidos en el espectáculo parece tratarse de un goce que no merece buscarle respuestas. Sería como tratar de explicar los detalles técnicos de una noche de amor que de solo recordarla nos nubla las ideas. "Mira –dice Abby, una norteamericana de risa fácil y boca grande, en un buen español sin voceo–, después de cada función la gente dice '¡Ah, yo sé, la función es sobre el tema de dar a luz!'. Otros dicen 'Sobre las relaciones entre hombres y mujeres'. Y no hay un tema, cada persona tiene una idea diferente de De la Guarda. Y nosotras estamos en la función, no afuera, entonces es aún más difícil decir acerca de qué es. Además cada noche es diferente. Por ejemplo, la parte Luna Roja (muchas de las 'escenas' tienen nombres que aumentan la evocación de los sentidos): una mujer y pá, pá,pá, golpeando contra la lona (imita con las manos el gesto del golpe). Es algo que yo hago algunas noches. Y a veces tiene que ver con mi amor, mi novio, para tener sexo; otra noche es jugar en mi cama."

–Hola, quiero hacer una entrevista con tres de las chicas del show.

–Ok, ok. Te la arreglo.

–Pero quiero que sean tres en particular: las dos orientales y la de chaqueta roja.

–Ah, sí, las extranjeras.

–¿Cómo las extranjeras?

–Sí, son las únicas tres que no son de acá.

Noche de estreno. La sala que construyó De la Guarda en el Centro Cultural Recoleta está repleta. *Villa Villa con todo* es como *Período Villa Villa* pero más participativo. Todos están un poco sacados. El show propone una euforia física y sensorial que intercepte los pensamientos, y el público responde con más. Fue un regreso con fans incondicionales en un show que se superó.

Hay siete chicas y siete chicos en escena. Entre ellas, se destacan por la garra y la espontaneidad para manejarse con el público las dos que tienen rasgos orientales y una alta y rubia de chaqueta roja.



CLARE, RODEMARIE Y ABBY.

Clare Elliot, Rosemarie Mallare y Abby Freeman se incorporaron a De la Guarda en Nueva York y Londres, y absorbieron tan pronto y tan intensamente el espíritu del grupo que luego fueron convocadas para entrenar a los nuevos elencos. Estuvieron en Buenos Aires en la reposición de *Villa Villa*. Así relatan de qué se trata toda esa energía.

imp



importadas por de la Guarda

Clare Elliot, Rosemarie Mallare y Abby Freeman se incorporaron a De la Guarda en Nueva York y Londres, y absorbieron tan pronto y tan intensamente el espíritu del grupo que luego fueron convocadas para entrenar a los nuevos elencos. Estuvieron en Buenos Aires en la reposición de *Villa Villa*. Así relatan de qué se trata toda esa energía.

POR SANDRA CHAHER

"Yo necesito hacer esta función. ¿Quieres saber por qué?... ¿Tú viste la función?" Clare pregunta con estupor, como si tener que dar una explicación fuera una gigante obviedad, y ríe antes de responder: "Porque necesito mover mi cuerpo, pero no con técnica sino con libertad, errática, eso es natural para mí". Quizá sus palabras concordaran mejor con sus sensaciones si hablara bien castellano, pero Clare es inglesa y habla un poco de español y otro poco de inglés. Pero también es probable que en su país le diera una respuesta similar a quien le hiciera la misma pregunta. Como en todo espectáculo que apela a las emociones y los sentidos, definir qué es *Villa Villa* (*Villa Villa con todo* en esta nueva versión en Buenos Aires, o *Villa Villa al palo,* como prefirieron definirlo los integrantes de De la Guarda la noche del regreso) no es fácil para nadie. Muchos renuncian al intento, otros se niegan a dar explicaciones en las que terminan entreverados, y los críticos luchan para transmitirle al posible público qué es lo que vieron sin poder respaldarse en el relato argumental. *Villa Villa* volvió a Buenos Aires seis años después de su estreno en 1995, habiéndose curtido en escenarios de Europa y Estados Unidos, y con un elenco casi completamente renovado. Queda apenas un integrante de la vieja guardia entre los ¿actores? (otro problema semántico: ¿cómo definir a estos protagonistas que saltan, gritan, empujan y vuelan en arneses, y sobre todo, que parecen estar montados en un carrousel que aumenta de velocidad pero no se detiene?), el resto de las catorce personas en escena son artistas extranjeros invitados –que estaban haciendo el show en otras partes del mundo– y argentinos recientemente seleccionados en un casting que fue casi tan popular como el de los reality shows televisivos. Volviendo a las definiciones, los miembros de De la Guarda –Pichón Baldinú, Diqui James, Gaby Kerpel, y compañía– eligieron ésta, entre otras: "La obra está inspirada en el sentimiento festivo. Poder transitar todos los estados sin ningún control. Sin otro objetivo que el de vivirlos. Es lo que transmiten las fiestas populares. Donde las personas se entregan a vivir un momento irrepetible. No relatamos ninguna historia, el lenguaje no es intelectual, va directo al cuerpo, a los sentidos, al alma".

Si para todos las definiciones son complejas, para los artistas metidos en el espectáculo parece tratarse de un goce que no merece buscarle respuestas. Sería como tratar de explicar los detalles técnicos de una noche de amor que de solo recordarla nos nubla las ideas. "Mira –dice Abby, una norteamericana de risa fácil y boca grande, en un buen español sin voceo–, después de cada función la gente dice '¡Ah, yo sé, la función es sobre el tema de dar a luz!'. Otros dicen 'Sobre las relaciones entre hombres y mujeres'. Y no hay un tema, cada persona tiene una idea diferente de De la Guarda. Y nosotras estamos en la función, no afuera, entonces es aún más difícil decir acerca de qué es. Además cada noche es diferente. Por ejemplo, la parte Luna Roja (muchas de las 'escenas' tienen nombres que aumentan la evocación de los sentidos): una mujer y pá, pá,pá, golpeando contra la lona (imita con las manos el gesto del golpe). Es algo que yo hago algunas noches. Y a veces tiene que ver con mi amor, mi novio, para tener sexo; otra noche es jugar en mi cama."

–Hola, quiero hacer una entrevista con tres de las chicas del show.

–Ok, ok. Te la arreglo.

–Pero quiero que sean tres en particular: las dos orientales y la de chaqueta roja.

–Ah, sí, las extranjeras.

–¿Cómo las extranjeras?

–Sí, son las únicas tres que no son de acá.

Noche de estreno. La sala que construyó De la Guarda en el Centro Cultural Recoleta está repleta. *Villa Villa con todo* es como *Período Villa Villa* pero más participativo. Todos están un poco sacados. El show propone una euforia física y sensorial que intercepte los pensamientos, y el público responde con más. Fue un regreso con fans incondicionales en un show que se superó.

Hay siete chicas y siete chicos en escena. Entre ellas, se destacan por la garra y la espontaneidad para manejarse con el público las dos que tienen rasgos orientales y una alta y rubia de chaqueta roja.

CLARE, RODEMARIE Y ABBY.

Son Clare Elliot, Rosemarie Mallare y Abby Freeman. Al igual que tres de sus compañeros varones fueron convocados por James y Baldinú para hacer tres meses de temporada en Buenos Aires y mientras tanto entrenar a los argentinos que salieron del casting. Las jornadas son largas y los horarios estrictos, desde el mediodía hasta la noche. Sólo tienen libres los lunes. De la Guarda se mueve como una compañía internacional.

–¿Cómo llegó cada una a De la Guarda?

–Yo soy Abby, soy de Nueva York. Estuve trabajando en la función *Villa Villa* de De la Guarda el último año y medio y después tomé vacaciones y Diqui y Pichón me llamaron. "¿Quieres venir a Buenos Aires para ayudar con la vuelta y el estreno aquí?" Y yo digo: "Claro que sí". Y dos semanas después estaba en Argentina trabajando.

Sigue Clare:

–Empecé el trabajo con *Villa Villa* en Londres. Yo soy inglesa. Mi madre es china y mi padre inglés. Hice función durante casi un año en Londres y después fui a Las Vegas a empezar la compañía allá, un año también, y después me llamaron para que viniera.

–Yo soy Rose Mallare (la sonrisa de esta norteamericana hija de filipinos es maravillosamente cálida), soy de New York City y hace tres años, en agosto de 1998, audicioné para De la Guarda. Estuve con ellos tres felices años y vine acá en julio y estaré acá por dos meses.

Rose es la única que no habla castellano, y Abby es la verborrágica. Es una tarde fría, y las mesas del patio del Centro Cultural Recoleta ya no reciben sol. Abby se pone un gorro de lana naranja de esos que cubren las orejas y siguen largos como narices de elefante para enroscarlos como bufanda. Ella misma se ríe de su aspecto. Estas tres mujeres de 24, 25 y 29 años, siguiendo el orden en que se presentaron, están cumpliendo el mismo rol que hace unos años desempeñaron con ellas las chicas de El Descueve: transmitir la técnica y la energía del show. "Para nosotros fue una inspiración el trabajo de todos ellos, chicas y chicos. Es muy extraño, porque ellos nos enseñaron sin poder hablar muy bien inglés pero nos entregaron el show, y ahora nosotros no podemos hablar mucho castellano pero enseñamos a otra gente. Es un círculo."

Clare es sensible e interior. Cuando termine su contrato en Buenos Aires, se incorporará junto con Abby al elenco que está en gira por Alemania y Amsterdam. Rosemarie volverá a Nueva York. Hay algo en esta hija de filipinos que hace mirarla mucho. Es bailarina desde los cinco años, y antes de incorporarse a *Villa Villa* trabajó en televisión, publicidades y películas de su país. Abby en cambio acababa de terminar cuatro años de estudio intensivo de teatro clásico y Clare, oh sorpresa, es diseñadora gráfica. "No tenía ninguna preparación física. Siempre me gustó mucho bailar y a veces tomé clases de danza. Pero yo vi un poster de la función cuando *Villa Villa* vino a Londres, después hubo una larga historia y finalmente fui al casting. No fue nada fácil para mí pasarlo, no podía mover mi cuerpo en el arnés." "Pero ella tenía el espíritu, el alma de *Villa Villa* y De la Guarda", le dice cómplice Abby.

–¿Qué sensación tienen cuando cada noche termina el show?

Abby: –Como una droga, eufóricas.

Rose: –Adrenalina.

Clare: –¡Queremos más, más!

Abby: –Queremos seguir la fiesta con la gente.

Clare: –Pero ahora yo me siento un poquito triste y al mismo tiempo muy feliz, son sentimientos opuestos. El show es muy duro para mí. Nosotros aprendimos a sacar nuestras emociones allí afuera, y en tu vida personal tenés muchas cosas en la mente y cuando llegás al show tenés que dejar esas cosas afuera. Y no puedo separar mi vida de las funciones, es como una catarsis. Entonces sientes alivio de poder hacer eso, de sacar todo, pero a la vez es importante recordar que eres real, ¿no?

Quien vio *Villa Villa* recordará las carreras sobre la pared de lona. La hacen sobre todo chicas. Como arañas paranoicas y encerradas. Lo llaman Maracaná y, como volar en los arneses, es cumplir un sueño infantil. "Es muy fuerte, muy duro. Hacerlo bien es muy duro. Tú estás corriendo tan rápido como puedes sobre una superficie blanda. Entonces tienes que correr aún más rápido para empujar, dar la vuelta muy rápido..." Abby explica acompañándose con las manos.

–Tienes que tener conciencia de la otra persona que lo está haciendo con vos. Pero yo no pienso en ese momento, no... –agrega Clare. Rose tuvo que volver al ensayo.

–Es sólo ¡Ah...! Todo, al palo. ¡Ah...!

–En el momento en que doy la vuelta y miro al público, muchas caras mirándome, es un momento... increíble. La cosa más emocionante. Es un momentito, y después volver a empezar, pero es maravilloso.

–Es como "Chicas Superpoderosas" Abby muestra sus dientes blancos bajo del gorro naranja. Una alegre luciérnaga en la penumbra del atardecer.



de la Guarda

Son Clare Elliot, Rosemarie Mallare y Abby Freeman. Al igual que tres de sus compañeros varones fueron convocados por James y Baldinú para hacer tres meses de temporada en Buenos Aires y mientras tanto entrenar a los argentinos que salieron del casting. Las jornadas son largas y los horarios estrictos, desde el mediodía hasta la noche. Sólo tienen libres los lunes. De la Guarda se mueve como una compañía internacional.

–¿Cómo llegó cada una a De la Guarda?

–Yo soy Abby, soy de Nueva York. Estuve trabajando en la función *Villa Villa* de De la Guarda el último año y medio y después tomé vacaciones y Diqui y Pichón me llamaron. "¿Quieres venir a Buenos Aires para ayudar con la vuelta y el estreno aquí?" Y yo digo:"Claro que sí". Y dos semanas después estaba en Argentina trabajando.

Sigue Clare:

–Empecé el trabajo con *Villa Villa* en Londres. Yo soy inglesa. Mi madre es china y mi padre inglés. Hice función durante casi un año en Londres y después fui a Las Vegas a empezar la compañía allá, un año también, y después me llamaron para que viniera.

–Yo soy Rose Mallare (la sonrisa de esta norteamericana hija de filipinos es maravillosamente cálida), soy de New York City y hace tres años, en agosto de 1998, audicioné para De la Guarda. Estuve con ellos tres felices años y vine acá en julio y estaré acá por dos meses.

Rose es la única que no habla castellano, y Abby es la verborrágica. Es una tarde fría, y las mesas del patio del Centro Cultural Recoleta ya no reciben sol. Abby se pone un gorro de lana naranja de esos que cubren las orejas y siguen largos como narices de elefante para enroscarlos como bufanda. Ella misma se ríe de su aspecto. Estas tres mujeres de 24, 25 y 29 años, siguiendo el orden en que se presentaron, están cumpliendo el mismo rol que hace unos años desempeñaron con ellas las chicas de El Descueve: transmitir la técnica y la energía del show. "Para nosotros fue una inspiración el trabajo de todos ellos, chicas y chicos. Es muy extraño, porque ellos nos enseñaron sin poder hablar muy bien inglés pero nos entregaron el show, y ahora nosotros no podemos hablar mucho castellano pero enseñamos a otra gente. Es un círculo."

Clare es sensible e interior. Cuando termine su contrato en Buenos Aires, se incorporará junto con Abby al elenco que está en gira por Alemania y Amsterdam. Rosemarie volverá a Nueva York. Hay algo en esta hija de filipinos que hace mirarla mucho. Es bailarina desde los cinco años, y antes de incorporarse a *Villa Villa* trabajó en televisión, publicidades y películas de su país. Abby en cambio acababa de terminar cuatro años de estudio intensivo de teatro clásico y Clare, oh sorpresa, es diseñadora gráfica. "No tenía ninguna preparación física. Siempre me gustó mucho bailar y a veces tomé clases de danza. Pero yo vi un poster de la función cuando *Villa Villa* vino a Londres, después hubo una larga historia y finalmente fui al casting. No fue nada fácil para mí pasarlo, no podía mover mi cuerpo en el arnés." "Pero ella tenía el espíritu, el alma de *Villa Villa* y De la Guarda", le dice cómplice Abby.

–¿Qué sensación tienen cuando cada noche termina el show?

Abby: –Como una droga, eufóricas.

Rose: –Adrenalina.

Clare: –¡Queremos más, más!

Abby: –Queremos seguir la fiesta con la gente.

Clare: –Pero ahora yo me siento un poquito triste y al mismo tiempo muy feliz, son sentimientos opuestos. El show es muy duro para mí. Nosotros aprendimos a sacar nuestras emociones allí afuera, y en tu vida personal tenés muchas cosas en la mente y cuando llegás al show tenés que dejar esas cosas afuera. Y no puedo separar mi vida de las funciones, es como una catarsis. Entonces sientes alivio de poder hacer eso, de sacar todo, pero a la vez es importante recordar que eres real, ¿no?

Quien vio *Villa Villa* recordará las carreras sobre la pared de lona. La hacen sobre todo chicas. Como arañas paranoicas y encerradas. Lo llaman Maracaná y, como volar en los arneses, es cumplir un sueño infantil. "Es muy fuerte, muy duro. Hacerlo bien es muy duro. Tú estás corriendo tan rápido como puedes sobre una superficie blanda. Entonces tienes que correr aún más rápido para empujar, dar la vuelta muy rápido..." Abby explica acompañándose con las manos.

–Tienes que tener conciencia de la otra persona que lo está haciendo con vos. Pero yo no pienso en ese momento, no... –agrega Clare. Rose tuvo que volver al ensayo.

–Es sólo ¡Ah...! Todo, al palo. ¡Ah...!

–En el momento en que doy la vuelta y miro al público, muchas caras mirándome, es un momento... increíble. La cosa más emocionante. Es un momentito, y después volver a empezar, pero es maravilloso.

–Es como "Chicas Superpoderosas" Abby muestra sus dientes blancos bajo del gorro naranja. Una alegre luciérnaga en la penumbra del atardecer.

ortadas por



Bodini

Ana Bodini expondrá del 9 de octubre al 3 de noviembre su muestra "Marca del origen" en la galería Elsi del Río (Arévalo 1748). El motivo que se repite en la obra de esta artista es el de la huella digital, lo que hace remitir a veces al discurso del archivo policial, subvertido por esta manera de ser mirado.



tropical

La nueva edición limitada de Tropical Punch, de Escada, parte de un concepto original: los perfumes de temporada. Creado en 1993, la idea fue premiada por Innovación en Marketing. Este año, lo nuevo es un perfume -cóctel exótico, chispeante y sensual–.

secretarias

Alitalia reforzó los catálogos de premios del Volare Club, que reúne a las secretarias de todo el país, beneficiando con puntaje a aquellas que compren tickets de la compañía. Para informarse sobre el sistema de premios e inscripción al club, se puede llamar al 4310-9941.



manifesto

Con la imagen y el nombre de la divina Isabella Rossellini, el nuevo perfume conjuga simplicidad y refinamiento. Pimienta, albahaca, rosas: esas reminiscencias fueron las elegidas por Isabella, que dice valorar más que lo tiene que lo que desea. En esa consigna realista se basa su manifiesto.

obelisco rosa

La empresa Estée Lauder realizará en octubre su sexta campaña de conciencia sobre el cáncer de mama. El objetivo es incrementar la conciencia sobre esta enfermedad que sigue en aumento –se estima que una de cada 9 mujeres será afectada por ella en algún momento de su vida–. E. Lauder organiza The Breast Cancer Awareness Program desde 1993 en más de 40 países. Durante octubre, en mostradores de marcas como Clinique, Aramis, Donna Karan, Tommy u Origins, se distribuirán folletos sobre los exámenes de rutina necesarios para detectar a tiempo el mal, y cintas rosas, símbolo de la campaña. Habrá productos específicos de cuya venta se recaudarán fondos que serán donados a FUCA, Fundación para la Investigación y Prevención del cáncer de mama.



Talleres en Boulogne

Centrodima (Derechos iguales para la mujer argentina) es un centro de información y talleres que coordinan las licenciadas Esther Grinberg y Claudia Pérez Serra. Hay cursos de capacitación laboral, talleres de búsqueda de empleo, tratamientos psicológicos, consultas individuales y familiares sobre, por ejemplo, planificación familiar, embarazo y sexualidad adolescente, u orientación jurídica. Para informarse, se puede llamar al 4710-9247.



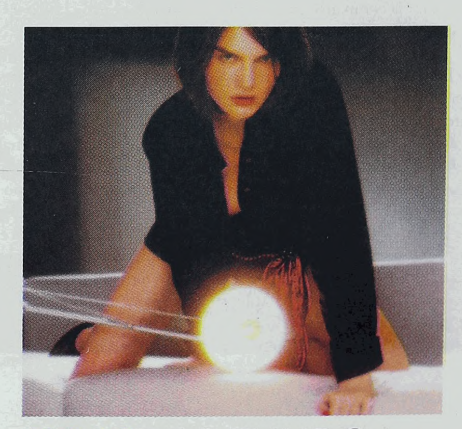
Policromía

La prestigiosa firma francesa La Roche-Posay presentó su colección de maquillaje Impulsions Polychromes. Ofreciendo como siempre la máxima seguridad dermatológica, la colección está inspirada en la naturaleza, y viene con naranjas fuertes, azules, verdes y otros colores nada tímidos. Los labiales son absoluta y deliciosamente cremosos.



Preludio

El Naturalista lanzó su colección primavera-verano con una consigna muy clara: el color base será el rosa de los caramelos, el de las flores y los pasteles. Maquillajes tranquilos, prácticos y duraderos para mujeres de todas las edades, y a precios ultra convenientes.



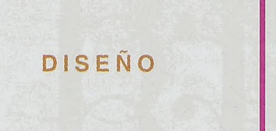
ROJOPROFUNDO

Hugo Boss presentó Deep Red, su nueva fragancia femenina, según su campaña de prensa destinada a mujeres que estén listas para romper las reglas del juego. "La verdad del asunto es que en estos tiempos nos estamos divirtiendo más, estamos más en control, nosotras seleccionamos qué es lo que nos funciona (incluyendo a los hombres) y luego actuamos por convicción". Deep Red es voluptuoso, amaderado, con un corazón palpitante a base de lirios mariposa, flor nativa de la India Oriental y los Himalayas.











CARTERAS POP

Aneta Armendáriz y Anabella Vitas son diseñadoras gráficas lanzadas ahora al diseño de carteras insólitas: con pasto, de hule, con materiales de construcción, con muñequitos playmobil, u ornamentadas con vallas perimetrales. Doce modelos locos de atar.

POR VICTORIA LESCANO

"Andar sin rumbo ni destino fijo, libre, pasear y vagar", dicen Aneta Armendáriz y Anabella Vitas, diseñadoras gráficas, sobre la etimología de la línea de carteras temáticas que bautizaron Vagar y que, construidas con materiales ciento por ciento lúdicos, se pasean en los hombros de ejecutivas, artistas y arquitectas de entre treinta y cincuenta.

Durante la primera semana de septiembre hicieron una instalación en Curvo, la tienda-galería más pop de Palermo, cuyas vidrieras transformaron con puestas de escenas en la playa, el parque y simulacros de zonas de construcción. La colección de doce modelos que sorprenden aún a los espíritus surrealistas incluye el modelo bolso de charol verde con pasto sintético en el frente y el valor agregado de mariposas y langostas de utilería –y en el interior un textura de cuadritos verdes y blancos que adhiere al estilo picnic–, ejemplares bolsa de mercado o tote con muñequitos Playmobil, bolsas de hule con imprimée de flores y aditivos de mujercitas de cotillón con peinado garçonne. Otra propuesta de bolsa de almacén es una cartera con tiras de reposera como manijas y ornamentos de vallas perimetrales.

La versión más obra conceptual se llama cartera guante: consiste en una bolsa transparente que contiene un guante de la familia de los bañados en látex corrugado de uso industrial y con manijas de acero y tensores, que ya es uno de los favoritos de vestuaristas de actrices locales. En plan más funcional y sin dudas todo terreno, idearon la línea Corre, una variación de la bolsa de colgar con la particularidad de que su base reproduce distintos formatos de suelas de zapatillas –de las retro símil Puma, Flecha y Topper a otras con aspiraciones tecnosofisticado: allí las texturas varían de acuerdo a la suela–.

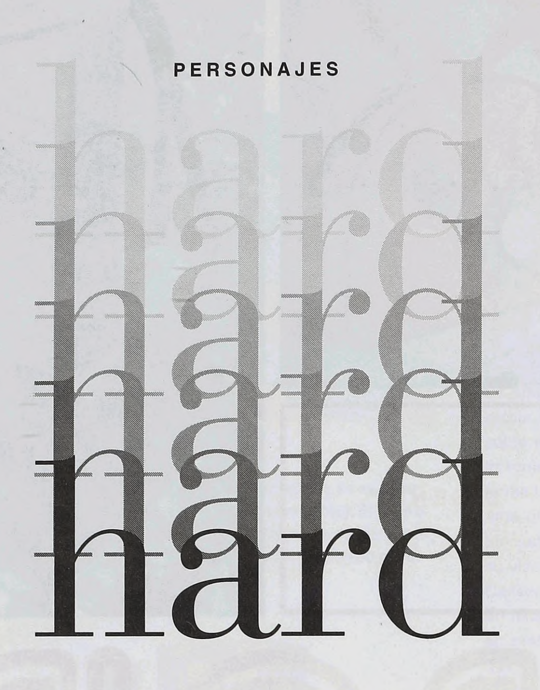
Las diseñadoras de Vagar no agregaron ningún bolsillo para celular, pero en cambio hicieron un modelo de bolso teléfono con disco; luego de comprar 20 modelos de ejemplares en extinción en una subasta, idearon la serie y un pequeño catálogo con sus instrucciones de uso. La colección con elementos tan ajenos al universo de la marroquinería empezó en los almuerzos del comedor del diario *La Nación*, donde ellas trabajan en la sección avisos, y luego participaron de un curso gratis de diseño de carteras.

"Empezamos el año pasado, hartas de no encontrar otra cartera ajena al furor de los bolsos deportivos ni los color camel de las últimas temporadas. La crisis nos benefició porque logramos que talleres que estaban acostumbrados a hacer desarrollos mínimos de 100 piezas para marcas como Pierre Balmain, accedieran a hacernos 10 de cada modelo. Otra parte fundamental fue la búsqueda de telas en la zona de Boedo: los hombres que atienden ahí nos preguntaban: chicas, ¿cuántos metros de niquelado quieren? Y nosotras no teníamos idea de los nombres de losremaches. Allí, luego de ver los cierres colgados en un sector se nos ocurrió la cartera cierre (otro de los hot ítems y para el que una aplicada costurera une 24 zippers de distintos colores para lograr texturas no menos multicolores que las paletas chupetín). En el proceso una de nosotras estaba construyendo una casa y de las idas diarias al Easy y corralones incorporamos materiales industriales con tonos insuperables", agregan sobre los comienzos.

Ajenas al precepto de Judith Leber –la húngara autora de las carteras joya favoritas de Björk y Demi Moore– de "una cartera debe ser apta para llevar las llaves, el rouge y un billete de cien dólares", ellas se inclinan por piezas que sean resistentes al día a día y aptas para llevar agenda, libros y excesos. "Nos gusta la idea de no estar pegadas a los dictados de colores de la temporada", dicen las diseñadoras, que reconocen influencias de la artista Cindy Sherman. "Así como ella juega con recrear distintos roles femeninos, con nuestras carteras intentamos que la usuaria pueda simularlos con las prendas, que si te ponés la de pasto podés pasar por ecologista o la de hule por un ama de casa perfecta", agrega Armendáriz, cuyo currículum gráfico incluye un Primer Premio del concurso TN Platex fibra 2001 por un catálogo con muestras textiles y un texto de Borges sobre la ceguera.

Sobre los futuros desarrollos, adelantan: "El próximo paso son carteras personalizadas –para eso en estos días en su sitio deslizan un formulario con preguntas sobre gustos musicales, literarios y pictóricos–, carteras que se contengan entre sí como las muñecas rusas, continuar con la serie en homenaje a Juanita y Doña Petrona con piezas de cacerola y perillas de horno, la cartera con tarjeta musical y otra Cuatro Estaciones, enredaderas en crecimiento, hojas otoñales y flores que se puedan poner o quitar de un velcro cada cambio de temporada.

PERSONAJES





Raffaëla Anderson fue la protagonista de la polémica película *Baise-moi*. Desde su adolescencia fue actriz porno, y ahora, en su libro *Hard*, relata los pormenores de ese mundo que ella recuerda sórdido y del que logró salir.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Podría decirse que Raffaëla es una de esas muchachas que, de tanto ir y venir, ahora lo único que quiere es pasar las noches de los sábados en casa, instaladísima en un sillón frente a la tele y comiendo helado con su chica. Y no se trata de una depresión crónica, ni de una persona especialmente aburrida o poco sociable, en absoluto. El asunto es que, a sus 25 años, Raffaëla Anderson (un apellido que adoptó por el parecido de sus medidas con las de Pamela) dice que ya conoció el infierno, el infierno y nada más que el infierno, y que lo único que desea fervientemente es una vida tranquila y apacible. De momento, en la Argentina sólo se la conoció en su etapa de actriz "seria", con el estreno del film-escándalo (en el resto del mundo, no aquí) *Baise-moi*, pero en tierras galas algo más que su cara se había hecho conocido desde hacía algunos años, cuando empezó una carrera como actriz porno que no conoció el estrellato pero sí cierto renombre, el suficiente para haber sido identificable a la vuelta de la esquina.

Pues bien, ahora en Francia también se la conoce por haber juntado anécdotas, sentimientos y coraje para contar cómo pasó de adolescente rebelde y sin amigos a escapar de casa, perder la virginidad durante el rodaje de su primera película condicionada, abandonar esa carrera tras unos cuantos años, emplearse como telefonista, y terminar actuando en cámaras en tanto rencor acumulado. Todo eso, claro, lo cuenta en *Hard*, un libro que promete convertirse en sensación de la temporada europea.

Antes de los 18, mientras crecía en medio de una familia francomusulmana y las burlas de sus vecinos de Gagny, había empezado a sentir cierta "fascinación" por las prostitutas: "Adoraba leer los testimonios de sus vidas, las historias de incesto, de pedofilia, de violaciones, las devoraba". Apenas alcanzada la mayoría de edad, sofocada por un clima familiar que sentía hostil, decidió que era hora de probar otros aires. Valija, inexperiencia laboral absoluta y poquísimos francos en el bolsillo, a los pocos días de haber abandonado su casa no tuvo más alternativa que hojear los clasificados. De todos los avisos, eligió responder a uno de los más llamativos, y pisó por primera vez un pequeño estudio. "¡Todavía me pregunto cómo terminé ahí! Ni idea. Desvestirse delante de un equipo de rodaje es verdaderamente atroz (...) Vender tu cuerpo ya es difícil, pero llegar a este punto mucho más. Por otro lado, el universo del X me ha enseñado un montón de cosas: ser independiente, hacerse respetar por tipos que no tienen la costumbre de ser respetuosos con sus colegas femeninas. También aprendí a obtener dinero de mi proxeneta. Porque el señor que te lleva a los rodajes y que se lleva el 20 por ciento de tu salario, para mí es un fiolo, y no otra cosa. Cuando llegué el primer día, yo no sabía nada del sida. Nadie me había dicho que me hiciera el test, nadie me había prevenido sobre la existencia de enfermedades de transmisión sexual. Llegué, me desvestí, abrí las piernas y listo. Después me enteré de que había que exigir los tests de los colegas hombres, de que había que obligarlos a usar forros. Es criminal que no me hayan avisado antes. ¡Te jugás la vida por nada!". Con más títulos en su haber, entonces, Raffaëla empezaba a sentir más cosas bajo su control. Los directores ya no le pedían que se esforzara por demostrar placer, que dejara de parecer una actriz de cine mudo ("me decían: 'Eh, movete, gemí, gritá'"), "poco a poco, le tomé el gusto, me divertía y me permitía realizar mis fantasmas". Claro que, en los comienzos, esos fantasmas parecían inseparables de la realidad. "Al principio, era tan novata que temía que me mataran. Todo por una película que vi cuando niña, que se llamaba *Street*. Mostraba cómo mataban a las actrices porno y las putas porque no querían seguir con ese trabajo. Eso me volvió totalmente loca. En cuanto a las películas snuff –en las que las muertes y torturas son reales–, parece que se rodaban en Brasil cuando yo estaba en el ambiente, pero nunca vi nada." Con el correr de los rodajes, sin embargo, algo iba cambiando, la timidez que siempre la había caracterizado desaparecía apenas se prendía la cámara, Raffaëla se transformaba, era convincente y terminaba la cuestión con una decisión que le reportaba el dinero suficiente para sobrevivir. "Al principio, lo hacía por el dinero. Quería hacerme cargo de mi vida, decidir dónde vivir, con quién. Y continué sin hacerme demasiadas preguntas, y me habitué a ganar mucha plata. No me veía trabajando de secretaria por un sueldo ínfimo."

Raffaëla da cuenta, también, de un episodio escalofriante. Ella tenía 19 años, ya había participado de un par de películas y todavía no había perdido el temor que le infundía el entorno del porno. Sin embargo, no había reparado en otro aspecto tan temible como el ambiente en que trabajaba: los espectadores. Una noche, mientras volvía a su casa, dos hombres la reconocieron, la obligaron a subir a su auto. "Yo tenía 19 años, me tiraron en el auto y me violaron en un sucucho de las afueras. Logré escapar; hice una denuncia. Pero ni los policías ni los jueces me creyeron: para ellos, una actriz porno es forzosamente ninfómana. Fue por eso que soporté mal la escena de la violación al principio de *Baise-moi*. Lloré mucho, no quería hacerla, pero luego me sentí aliviada porque había exorcizado un dolor. Conozco de memoria mi parlamento del final de la escena: '¿Mi concha? No podés aguantarte las ganas de entrar, de todas maneras, ya no guardo nada precioso allí. Es como un auto que estacionás en la ciudad, no dejás nada de valor dentro porque no podés impedir que sea forzado'. Eso resume bastante bien lo que pienso de mi sexo".

Ahora, dice, tres años después de haber abandonado el porno y haberse reconstruido, de haber trabajado como vendedora y telefonista, y de la fundamental experiencia que fue para ella el trabajo con Virginie Despentes, tal vez continúe en el cine más o menos mainstream. Vive con su compañera ("no soy homosexual porque me disgusten los hombres, sino porque prefiero la relación mujer-mujer. También me gustan los muchachos, pero tengo un problema: su cuerpo me bloquea, no puedo hacer nada") y sufre por haber resignado uno de sus sueños, tener un hijo. "Pero de momento me bloqueo. Por los muchachos. Y además tengo terror de que la gente pueda revelar mi pasado a un hijo mío. Preferiría decírselo yo misma. No se lo quiero hacer pagar a nadie que no haya tenido que ver con eso. Por esas razones, sin duda jamás tendré un hijo, y eso me pone triste."

había una vez una plaza

Para esperar la primavera, la semana pasada ciento veinte chicos de escuelas especiales con orientación en jardinería se dedicaron a recuperar una plaza en el sur de Parque Patricios. La iniciativa unió a quienes tienen algo para dar con quienes necesitan recibirlo: ahora el barrio les debe a esos chicos el nuevo espacio verde.







POR SONIA SANTORO

Esta es la historia de una plaza perdida en un barrio lleno de depósitos de camiones, que se convirtió en un baldío al que ningún vecino se atrevía a pisar. Y es también la historia de una escuela secundaria con orientación en jardinería que no tenía ni siquiera un patio donde ensayar cómo hacer un gajo o cómo regar las plantas. Sólo dos cuadras separaban a la plaza abandonada de la escuela de jardinería y hubo que esperar siete años para lograr zanjar los 200 metros. El jueves 20 de septiembre, por fin, se escribió el final feliz para esta historia (que, por supuesto, recién empieza): 120 chicos de la escuela, el Ciclo Básico Ocupacional 1 (CBO1) de Parque Patricios, más una veintena de una escuela vecina, distintas entidades barriales y el Centro de Gestión y Participación Nº 4 de la ciudad de Buenos Aires, acondicionaron la plaza para que pareciera un espacio verde. La limpiaron, pintaron sus canchas y sus paredes, plantaron arbustos y flores y cortaron el pasto. De ahora en más, los futuros jardineros del CBO1 tendrán dónde hacer sus prácticas y, al mismo tiempo, se encargarán de que este espacio verde le haga honor a su nombre.

Luna y Los Patos, Parque Patricios. Bien al sur de la ciudad se levanta la plaza. "Estaba intrusada, vivían dos indigentes en la parte central y en uno de los lugares de pasto había una carpa", comenta Daniel Brunel, delegado comunal del jefe de Gobierno de la ciudad, sentado a la sombra de uno de sus pocos árboles. "Acá estacionaban los autos cuando había partido (está a dos cuadras de la cancha de Huracán), o los mismos expresos venían a hacer los asados. De noche era difícil pasar porque era peligrosa", agrega Eduardo Sabato, director general del CGP Nº 4.

Por otra parte, los Ciclos Básicos Ocupacionales (CBO), explica Jorge Orue, director del CBO1, nacieron en 1991 como un proyecto innovador en materia educativa que trataba de captar una población que quedaba fuera del sistema de educación media. Fundamentalmente, los chicos que repiten eternamente y terminan abandonando, o a aquellos con problemas sociales.

Así, el CBO1 es una de las cuatro escuelas de este tipo que hay en la ciudad y conforman una oferta educativa distinta al bachillerato o al comercial. "Al terminar tercer año –agrega Orue–, los chicos tienen aprobado primer año de un bachillerato; si quieren seguir, se inscriben en segundo año de otro colegio."

En el CBO1 los alumnos reciben formación en cinco asignaturas básicas: lengua, matemáticas, sociales, naturales e inglés. Y tienen dos orientaciones: jardinería o cocina. Al tercer año, los chicos salen con un certificado de técnicos en alguna de las dos especialidades. Y, los que quieren, pueden seguir capacitándose. "Les damos dos años de formación ocupacional donde se dejan de lado las materias básicas y se centra en la orientación, en microemprendimientos y en servicios para terceros", comenta Orue. Ahora, por ejemplo, los alumnos de cocina hacen servicios de lunch o pastelería por encargo, y los de jardinería mantienen el jardín del Banco Credicoop en Parque Patricios. El calor de este jueves preprimaveral no amedrenta a los chicos. Organizados en grupos, se dedican a distintas tareas dentro de la plaza. Angel lleva un cartel que lo identifica como camarero. Se encarga de distribuir choripanes entre sus compañeros. Tiene 17 años y está en primero año del CBO1. "Estuve aprendiendo a cocinar, a ver cómo se hacen cosas que yo no sé hacer como los fideos amasados, las pizzas, los flanes, todo eso", cuenta, mientras sigue con su tarea.

María Paula ama los girasoles, las rosas y los jazmines, y esta tarde se dedica a plantar parte de los 100 plantines que cubrirán el espacio. No le gusta hablar mucho, así que sigue con lo suyo. "Yo quiero hacer una entrevista", interrumpe Estefanía, de Valentín Alsina, vincha verde y pelo ondulado despeinado. Tiene 14 años y estudia cocina. "Me gusta venir a esta escuela –dice casi sin que le pregunten– porque me gusta como tratan a la gente, las cosas que realizamos juntos, que yo cada vez pueda progresar más, que tuve muchas dificultades y las estuve mejorando mucho acá. En otra escuela tuve problemas de aprendizaje, me costaba escuchar, me costaba aprender, siempre contestaba. Acá no, acá estoy re mejor, mejoré un montón." Así como llegó se va a seguir pintando las canchas de fútbol y básquet. Otros pintan murales en una pared límite de la plaza. Los chicos de la Escuela Nº 36 para discapacitados aportan sus conocimientos de mantenimiento y herrería. También participa la gente de la ONG Verde Patricios y la Asociación de Fomento San Antonio.

"La idea es que la gente se acostumbre a que lo público es de todos y se comprometa", sintetiza Susana Carames, trabajadora social del CGP Nº 4. Por el momento, la primera parte va bien, cinco trajeados de alguna oficina vecina, se acercan a comer choripanes y a tomar sol. Habrá que ver qué pasa con la segunda (que también ha tenido un buen comienzo). Pero esa ya es otra historia.

una señora en su punto



UNO DE LOS RETRATOS QUE LE HIZO ANDY WARHOL.

Carolina Herrera fue en su juventud la reina de la alta sociedad venezolana. Empezó a diseñar ropa a los 40, cuando ya había nacido su primer nieto. Más de veinte años después, esta señora que sigue siendo impecable, y que fue la diseñadora exclusiva de Jackie Kennedy en los últimos doce años de su vida, es un referente de lo chic.

POR ISABEL PIQUER *

Cuando cumplió los 40, Carolina Herrera decidió hacer algo inaudito: empezar a trabajar. No tenía por qué. Vivía en Caracas en un mundo de lujo y privilegio. Pertenecía a una de las familias más antiguas y adineradas de Venezuela. Estaba felizmente casada, tenía cuatro hijos. Llevaba casi diez años en la lista de las mujeres más elegantes del mundo. Era la perfecta anfitriona, la reina de las fiestas de sociedad. Nadie se lo tomó muy en serio.

De eso hace 22 años. "Nunca hubiera podido anticipar este éxito. Cuando empiezas, creo que nunca sabes muy bien adónde vas ni si vas a gustar, porque tampoco lo estás pensando. Y de repente llega. Luego, si tienes un poquito de éxito, es imposible parar porque es como una droga." Sentada en uno de los sillones de su oficina de la Séptima Avenida, en el Garnment District de Nueva York, Herrera habla con la voz melosa de su acento natal. Está perfecta. Ni una arruga. Es la imagen de la distinción que ha sabido crear y vender desde su primer desfile, en un apartamento prestado de Park Avenue.

Suena la banda sonora de *Los Angeles de Charlie*. En la habitación contigua, una modelo espectacular se prueba un vestido de la próxima colección. Contonea las caderas como en la pasarela. Herrera se levanta para echar un breve vistazo. Gastón, su caniche, se está aburriendo un poco. Hoy, fuera de temporada, todo está tranquilo, la mayoría de las 80 personas de la oficina no trabaja.

Carolina Herrera tiene la pose y la elegancia de una mujer de mundo. En Caracas vivió las legendarias fiestas de su suegra, Mimi Herrera, amiga de Greta Garbo y de la duquesa de Windsor. En Nueva York fue la diseñadora de Jackie Kennedy en los últimos 12 años de su vida. Warhol le hizo tres retratos, todos iguales salvo por el color de la sombra de ojos. Y cuando *Vanity Fair* sacó el pasado abril una portada plegable sobre estrellas y leyendas de Hollywood, no encontró mejor decorado que una réplica del salón victoriano de su casa del Upper East Side.

Tenía 13 años cuando su abuela la llevó a París, a un desfile de Cristóbal Balenciaga. Fue su primera introducción en la alta costura. Le gustó, pero no lo bastante como para pensar en dedicarse a la moda. "Yo no era de las que jugaban a vestir a sus muñecas." Sin embargo, aquella experiencia dejó huella. Aún ahora asegura inspirarse en las líneas claras y sencillas del español que triunfó en Francia.

Esta imagen elitista también ha jugado en su contra. A menudo se ha relegado a Carolina Herrera a la categoría de diseñadora para las *ladies who lunch* (las damas que almuerzan). "Si yo sólo hubiera hecho colecciones para mis amigas habría cerrado hace veinte años, porque una compañía no se puede basar en eso. Es imposible. En aquel momento decidieron ponerme esa etiqueta, pero mi moda no sólo ha sido para ellas."

El tiempo le ha dado la razón. El Park Avenue chic, las faldas por debajo de la rodilla, lo clásico, lo caro llenan las páginas de las revistas. Todo el mundo quiere parecerse a la adinerada minoría neoyorquina. "La moda es algo que cambia, pero ciertos elementos son constantes: la sofisticación, la elegancia y, por supuesto, el lujo", dice la diseñadora. "La moda es una fantasía, una locura, un misterio. ¿Qué es la moda? Es algo que necesitas todos los días porque te vistes todos los días. Cuando la gente está combinando lo que se va a poner por las mañanas, ya está haciendo moda. Moda es historia, es civilización, es arte, es un negocio."

Su nuevo éxito también se debe a la gestión de la actual presidenta de la compañía, Claudia Thomas, una mujer enérgica y sonriente que se incorporó a finales de 1996, y a su asociación con dos empresas españolas: la de perfumes Puig, propietaria mayoritaria de la compañía Carolina Herrera, y la Sociedad Textil Lonia, de los hermanos de Adolfo Domínguez.

"Cuando empecé, tenía 40 años. Acababa de nacer mi primer nieto. A menudo me han preguntado por qué se me ocurrió meterme en esta aventura. Creo que hay un momento en la vida de todo el mundo en el



EN SU JUVENTUD, UNA NIÑA BIEN DE CARACAS.



que debes hacer lo que realmente quieres. Y ahora también me ha llegado ese momento para ampliar la empresa." Ya lo comentaba Anne Wintour, directora del *Vogue* norteamericano: "Lo importante acerca de Carolina es que sabe exactamente quién es, conoce perfectamente su estilo y por supuesto siempre todo le queda muy bien".

María Carolina Josefina Pacanins y Niño nació en 1939 en Caracas, en el seno de una familia de terratenientes de vieja ascendencia colonial. Tuvo una infancia privilegiada. "Cuando era pequeña, estaba totalmente dedicada a mis caballos y a mis perros." Las fotos de aquella época muestran a una joven muy bella y muy consciente de su estilo. Sus padres, Guillermo y María Cristina Pacanins, eran pudientes, pero no frívolos. "Tuve la suerte de que mi madre impusiera disciplina y estructura en mi vida. Era muy estricta, había un momento y un lugar para todo."

La alta sociedad de Venezuela rebosaba del dinero del petróleo. Nadie esperaba que Carolina trabajara, así que con 18 años se casó con Guillermo Behrens Tello. No funcionó. Se separaron ocho años después. Era el primer divorcio en la familia. Al cabo de poco tiempo se volvió a encontrar con un amigo de la infancia, Reinaldo Herrera, que regresaba del extranjero y de un corto romance con Cristina Onassis. Se casaron en 1968.

El matrimonio se trasladó a La Vega, la impresionante mansión familiar del siglo XVI y con 65 habitaciones. Fueron años de viajes y jet set. El rostro de Carolina salía regularmente en las revistas.

Su gusto impecable terminó por atraer la atención de Diana Vreeland, una de las gurúes del mundo de la moda. Fue quien primero la animó a diseñar: "A veces se me ocurrían cosas y me las hacía un costurero de Caracas, pero yo me vestía esencialmente de Dior o Saint Laurent. No tenía mayores aspiraciones. Al principio pensé en centrarme en las telas, pero Diana me convenció para que me dedicara a la ropa".

Todo fue muy rápido. En septiembre de 1980, Herrera presentó sus primeros 20 diseños. Un año más tarde creó su compañía, se mudó con su familia a Nueva York y se instaló en una pequeña oficina de la calle 57. La acogida inicial no fue muy buena. Otras mujeres del jet set habían intentado crear sus propios modelos y todas habían fracasado. "Las críticas fueron malísimas. Me auguraban uno o dos años de vida. Ahora se han dado cuenta de que estaban equivocados. Pese a todo, la primera colección tuvo mucho éxito." Herrera no puede evitar sonreír de satisfacción.

Echó mano de la agenda con suma discreción. "Nunca hablo de la gente a la que visto. Si alguien quiere decir que lleva mis modelos, pues mejor. Pero yo no voy dando las listas." Sus clientas siempre han agradecido esta rara cortesía entre señoras. Poco a poco se fue haciendo de una sólida clientela. De aquella época data su amistad con Jackie Kennedy. La primavera pasada, Herrera inauguró con Caroline Kennedy Schlossberg la exposición que el Museo Metropolitano dedicó a los años en la Casa Blanca de la ex primera dama.

Cuando habla de las nuevas tendencias, Herrera no puede evitar apasionarse. "Me inspiran mucho los jóvenes, las formas de hacer las cosas, de mezclar, aunque a veces hay un exceso de desnudez. La desnudez no es moda, no tiene nada que ver. Lo de Jennifer Lopez. Eso no es moda. Pero es lo del uniforme, como un ejército: desnuda como está ha creado un ejército de mujeres que la siguen y que se quieren poner desnudas como ella. Es triste, ¿no? Jennifer Lopez es buena actriz y cantante, y lo hizo para atraer la atención. Ella se lo puede permitir. Si ves a todas las cantantes nuevas, Britney Spears y Cristina Aguilera, están todas desnudas." Alza la voz, pero siempre termina riéndose.

"Con la obsesión de la juventud se ha perdido todo. Muchas mujeres no tienen edad para vestirse de esa forma. Lo bonito es ir a tu punto. No me puedo poner lo mismo que se pone mi hija de 15 años. Tienes que cambiar tu forma de verte. Hay que saber envejecer y conservar tu propio estilo. Yo apuesto por mujeres que no quieren comprarse vestidos donde se vea la etiqueta afuera. Yo prefiero a la mujer que tiene creatividad y se pone lo que ella quiere, y eso pasa más en Europa que en Estados Unidos o Japón, donde les encanta la marca."

* De *El País* y **Página/12**.

La doble vida de Donna Reed



Las tienen? Son las irónicas chicas Gilmore, Lorelai y Rory, madre soltera joven e hija adolescente conviviendo en un amable pueblito llamado Star Hollow. Si la respuesta es no, todavía están a tiempo de participar de la diversión (con los imprescindibles toques emotivos para matizar) porque, como todas las buenas series, a "The Gilmore Girls" (jueves a las 20 y 24, domingos a las 16, por la señal de cable Warner Channel) se puede entrar en cualquier capítulo, y a partir de ese momento entregarse a la adicción. Actualmente está promediando la repetición de la primera temporada, de modo que a las recién llegadas –que acepten esta recomendación– vale anoticiarlas brevemente: hace 16 años, a los 16, Lorelai –hija de padres pudientes que preveían para ella un futuro universitario– quedó embarazada de su noviecito de toda la vida, Christopher. Contra la opinión de éste y la de las familias de ambos, que querían boda a toda costa, Lorelai se fue a vivir sola, tuvo a Rory, se defendió trabajando y crió a la niña con el apoyo de amigables vecinos. Ahora está más o menos reconciliada con sus progenitores, a los que visita los viernes en compañía de su hija. Y muy rara vez recibe la visita intempestiva de Christopher, el padre distraído, el hombre que –dice ella– "conoce todos los secretos de mi juventud", el tipo que, pese a sus truchadas y agachadas, aún le mueve un cachito el piso. Pero Lor la tiene clarísima: se puede dejar llevar una noche en el balcón de la casa de sus padres, motivada por los recuerdos y el alcohol, pero nada de formalizar, aunque Rory se haga ilusiones.

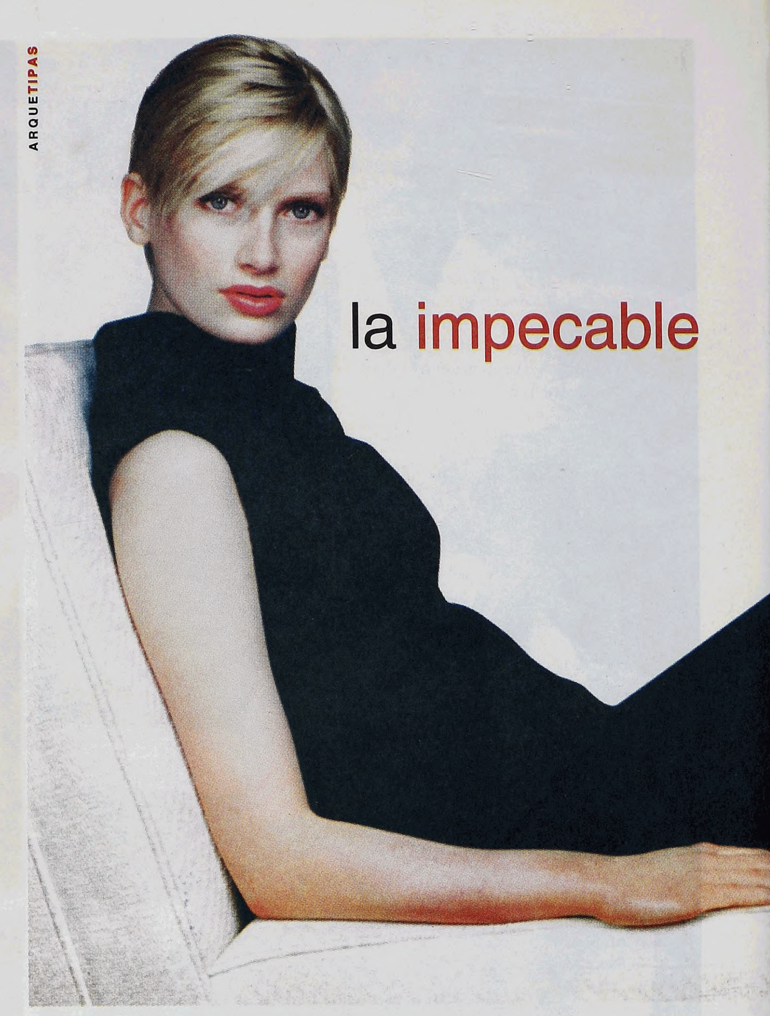
Entre Lorelai y Rory hay mucha confianza y bastante entendimiento, a través –casi siempre– de un compartido código humorístico que revela sus convicciones, referencias culturales (Lor tuvo una educación esmerada, conoce de vinos y comidas, y cita con naturalidad a Dickens o a Lewis Carroll; y Rory va por ese camino), sus odios y amores. En el penúltimo episodio, por ejemplo, el relato tuvo sus momentos más desopilantes al centrarse en "El show de Donna Reed".

En la primera escena, madre e hija disfrutan apoltronadas de esa serie en blanco y negro de fines de los '50 que duró hasta mediados de los '60, acerca de un ama de casa hacendosa y siempre de punta en blanco. Dean, el novio de Rory, las mira sin terminar de captar la causticidad de las chicas. "Es la quintaesencia de la esposa perfecta de los '50", dice una. "Siempre sonriente y con tacos altos, nunca se despeina", dice la otra. Dean quiere saber: "¿Es un programa?". "Es una forma de vida", responde una. "Es una religión", enfatiza la otra. Y para que el chico se avive, le explican: "Este es un capítulo con mucha intriga: el marido ha llegado tarde a casa sin previo aviso". Dean está cada vez más intrigado, pero las chicas no se apiadan y cuando hay una situación en el show entre Donna y su hija teenager, Lor y Rory reescriben en voz alta los diálogos: "Tuve un pensamiento impuro con tu padre y todavía no es el segundo sábado del mes, debo sublimarlo cocinando mucho", dice la madre soltera imitando a la esposa servicial. Dean, desconcertado, comenta que a él le gusta que las familias sean unidas, que la mujer le cocine al marido: "Además, ella parece feliz".

Por la noche, Rory va a cuidar el nuevo gatito de la vecina Babette e invita a Dean a comer allí. Lo recibe con pollera muy acampanada, delantalito con volados, collar de perlas, tacos aguja, música al tono. "¿Es Halloween?", pregunta asombrado el chico. Ella, obsequiosa, le ofrece bocadillos antes de la cena, dos platos y postre, sin dejar de sonreír. Alfinal, Dean, un poco harto, acepta: "Fue increíble, pero no espero ni quiero que seas como Donna Reed". Y ahí, Rory se da el mayor gusto de la noche: "Ella hacía el personaje impecablemente, pero también era productora y a veces directora de su show. Fue una de las primeras ejecutivas de la televisión".

Entretanto, Lorelai llama a Luke, el dueño del bar, a fin de que la ayude a encontrar la pollita Stella (por el personaje de *El tranvía llamado deseo*) que se escapó de la jaula que le dieron en el colegio a Rory para estudiarla. Más tarde su estirada madre la forzará a reconocer que le gusta Luke, para luego sermonearla: "Ahora podemos hablar del error que vas a cometer".

"The Gilmore Girls" es una creación de Amy Sherman-Palladino, también coautora del guión. Lauren Graham y Alexis Bledel se hacen querer como las protagonistas, y Kelly Bishop –la madre de Lor– logra ser fascinantemente detestable. ¿Qué otra cosa se podía esperar de un sello productor que se llama Dorothy Parker Drank Here?



la impecable

POR S.R.

Cómo hace? ¿Cómo hace para que el maquillaje nunca se le corra? (Solución: corrérsele, se le corre; ¡pero ella es de las que cada media hora se retocan!) ¿Cómo hace para que sus jeans parezcan siempre recién lavados y planchados, y para nunca lleguen a adquirir la forma de los nuestros, que al cabo de cuatro o cinco posturas en lugar de jeans son babuchas estiradas que nos dan un atrás más que de potrancas, de jefe de taller mecánico? (Solución: usa los jeans una vez sola, y después los lava y los plancha.) ¿Cómo hace para volver a su casa del trabajo y salir una hora después radiante, con la piel brillosa y el pelo tan bien desarreglado? (Solución: no llega a su casa y, como nosotras, se derrumba en la cama y mira tele tres cuartos de hora, y recién después se pega una ducha, como nosotras, y se lava el pelo y se lo sacude con las manos, como nosotras; llega y se da un baño aromático, se pone algodones húmedos de gel desintoxicante en los ojos, y se hace brushing con un cepillo gordo.)

La impecable aturde con su prolijidad, humilla con su pulcritud y acojona con su energía, porque al cabo de unos cuantos años de estudio se concluye que, para ser quien es, ella invierte una cantidad inestimable de energía en el cuidado de su ropa, de su cuerpo, de su casa, de sus hijos y de su heladera: jamás se le pudre nada, jamás se le chorrea nada, todo está allí en su sitio, limpio, fresco, bien acomodado, listo para ser fotografiado para una revista de decoración.

En sus afectos, la impecable no peca. Por lo menos no peca de indiscreción ni de promiscuidad ni de conductas escandalosas. No es que no pueda tenerlas, pero si las tiene, las mata callando. No se jacta ni se queja ni alardea, pero un día nos enteramos de que sale con el más lindo de la oficina, o que se fue a París a hacer un curso de perfeccionamiento, o que su nuevo marido se apresta a reconocer legalmente al hijo que ella tuvo soltera.

Atrás de toda impecable hay una historia que se repite: es imposible convertirse en impecable si una ha tenido una infancia con una madre de batón percudido o de huevo frito estrellado a desgano en una sartén. La impecable suele nacer de una señora aficionada a los suéteres guardados en bolsitas de nylon con bolillitas de naftalina, a las tartas de manzana perfectamente acarameladas y a las toallas bordadas a mano con las iniciales de todos los habitantes de la casa. Si el pasado de una la condena, a lo sumo se acordará de poner Vívere en el lavarropas, desodorante en las axilas o perfume detrás de las orejas, pero la misma inercia de la vida –el Vívere que se termina, el apuro por salir de casa o el desinterés en una cita– nos llevarán a volver a ser nosotras mismas, tan poco impecables que nos damos pena.